

¿Teocracia ó Demonocracia?

¿Cristo ó Lucifer? ¿Quién ha de vencer?

¡QUIEN COMO DIOS!

POR

PEDRO SCHUMACHER

Obispo de Portoviejo

REIMPRESIÓN

LIMA

IMPRENTA Y LIBRERIA DE SAN PEDRO

Calle de San Pedro, 96

1897

*Folleto comprado al Sr. Antonio Rebadenera
el 18 de Mayo de 1914*

FRAY JOSÉ MARÍA

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE
APOSTÓLICA, OBISPO DE LOJA

*Al Venerable Clero y fieles de nuestra Diócesis, salud
y paz en Nuestro Señor Jesucristo.*

Venerables hermanos, hijos carísimos:

Estamos ciertos que apenas habrá entre vosotros quien no sepa las cosas horribles publicadas por la prensa impía de esa República, especialmente por la de Guayaquil, contra el virtuoso, sabio y verdaderamente apostólico Obispo de Manabí, Ilmo. Sr. D. Pedro Schumacher, y aun cuando Nos estamos seguros que todo lo publicado por dicha prensa contra el mencionado insigne Prelado es mentira y calumnia, efecto del odio implacable de la masonería y liberalismo radical contra los Prelados de la Santa Iglesia, deseábamos, sin embargo, algún documento auténtico, en el cual se manifestase con toda evidencia la verdad de los acontecimientos ocurridos en dicha diócesis, á fin de que los demasiadamente crédulos para todo lo que publica la prensa liberal y masónica contra el Clero, se desengañen y se persuadan de una vez que el liberalismo y masonería, siendo engendro del *padre de la mentira*, el diablo, no pueden vivir ni propagarse sino con la mentira, sobre todo en todo lo que concierne á nuestra santa religión y sus ministros. Ese documento, pues, que tan vivamente deseábamos, lo hemos conseguido felizmente por conducto de uno de los religiosos que acompañaron en sus trabajos y sufrimientos al mencionado Sr. Obispo.

Al leer, pues, dicho documento, Nos convencimos no sólo de la conveniencia, sino de la necesidad de reimprimirlo, á fin de que llegue á conocimiento de todos, si es posible, y conozcáis el origen y causa verdaderas de las calamidades que afligen al Ecuador, y, sobre todo, la malignidad y astucia verdaderamente diabólica con que el liberalismo y masonería mancomunados han trabajado para descristianizar á esa católica República y arruinar totalmente, si les fuese posible, nuestra santísima religión. Leed, pues, todo, sacerdotes y simples fieles, el documento que os presentamos, y esperamos que con su lectura los verdaderos católicos se confirmarán más y más en la fe y concebirán mayor horror á los monstruos del liberalismo y masonería; y que los ilusos quizás reconocerán su error y saldrán del camino de perdición en que por ignorancia se metieron.

Nuestro deseo es preservar á los fieles, sostener á los débiles y desengañar á los ilusos, y, si es posible, hacer volver al buen camino á los extraviados.

Que nuestro Señor os preserve del general contagio y conserve en vuestros corazones el inestimable tesoro de la santa fe católica, y que seáis hijos siempre sumisos á la Santa Iglesia, es el deseo de vuestro Obispo, que desde esta distancia os bendice en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Dada en nuestra residencia de Lima á 23 de abril de 1897.

✠ FR. JOSÉ MARÍA,
Obispo de Loja.



¿TEOCRACIA O DEMONOCRACIA?

¿Cristo ó Lucifer? ¿Quién ha de vencer?

¡QUIÉN COMO DIOS!

POR

Pedro Schumacher

OBISPO DE PORTOVIEJO

“ Los francmasones, públicamente y á cielo abierto, emprenden la obra de arruinar la santa Iglesia, á fin de conseguir, si fuera posible, despojar completamente á las naciones cristianas de los beneficios que deben á Nuestro Señor Jesucristo. ”

PALABRAS DEL PAPA LEÓN XIII.

“ Vengo para poner fin á la Teocracia (ó sea el reino de Dios) en el Ecuador. ”

Programa de Eloy Alfaro, enviado de la Masonería.

“ La Masonería está prohibida (en el Ecuador)..... Por fortuna, el triunfo del querido hermano Alfaro traerá para la Orden días prósperos y felices.....¡Oh! cuán distinto será ahora (en el Ecuador), merced al triunfo de la libertad encarnada en el invicto hermano Alfaro. ”

Palabras del papel masónico de Chile, “Cadena de Unión” (30 de Setiembre, 1895).

El vigilante Pastor de la Iglesia de Pasto justamente alarmado por los estragos que el liberalismo está causando en la vecina República del Ecuador y espantado por las impiedades que su desvergonzada prensa va propagando hasta en estas comarcas, ha dado á

sus diocesanos la voz de alarma contra el enemigo que tan cerca los amenaza.

“Los enemigos de nuestra fe, dice el Ilmo. Señor Obispo, están muy cerca, y sus dardos envenenados llegan ya á nuestras mismas casas y penetran en ellas.”

Además, el apostólico Prelado de Pasto, ha pensado que no debía tolerar por más tiempo los incalificables ultrajes que, con grave escándalo de este católico pueblo, lanza la prensa liberal del Ecuador contra los misioneros de la venerable orden capuchina y contra el Obispo y clero de Manabí, los que han venido á refugiarse en esta Diócesis, huyendo ante el fanatismo de aquella facción.

“Sabed, exclama el Prelado, que si los escritores de “El Carchi” y otros que como él piensan, escriben y obran, insultan á esos Ministros del Señor, es por lo mismo que son buenos y, como dijo Nuestro Señor Jesucristo, porque no son de ellos, que si lo fueran, los alabarían y ensalzarían. Sabed, que si los calumnian, es porque no transigen con nada que pueda empañar en lo mas mínimo el hermoso brillo de nuestra santa fe.”

Al propio tiempo, el Pastor, cuya misión es guiar á su pueblo por la senda de la Verdad, ha tomado ocasión de la impía propaganda que en su Diócesis se hace por los órganos de la prensa liberal, para exhortar á los fieles que todos sin excepción se unan con su Obispo á fin de combatir y contrarrestar esa diabólica prensa.

Estas exhortaciones y avisos, emanados de un corazón tan celoso por la pureza de las creencias de su pueblo como amante de la gloria de la santa Iglesia, han sido para mí y para los compañeros de mi peregrinación una nueva manifestación de la bondad de nuestro Dios quien nunca cesa de amparar y consolar á los que militan por su santo nombre y sufren persecución por la justicia.

Con lágrimas de emoción y agradecimiento he leído y vuelto á leer esta magnífica Carta Pastoral del Ilmo. Señor Obispo de Pasto, recordando y repitiendo aquellas palabras del apóstol san Pablo: *“Bendito sea Dios y el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de la misericordia y el Dios de todo consuelo, el que nos consuela en medio de nuestra tribulación.”* I. Cor. 1, 3.

Un año va trascurrido ya desde que el masonismo cosmopolita, enarbolando la bandera del liberalismo, y tomando por grito de gue-

rra "¡Muera Cristo!" ha invadido la República del Ecuador y me ha obligado á pedir con mis sacerdotes un asilo en tierra colombiana.

Este asilo, ¡gracias á Dios! lo hemos encontrado en medio de este pueblo bondadoso y creyente que nos ha acogido como á representantes y ministros de su propia Religión, viendo que somos odiados y perseguidos por los que hacen la guerra al mismo Dios.

Contemplando desde aquí las ruínas causadas allá en mi diócesis por aquellos obstinados demoleedores de toda civilización, cultura y prosperidad social, viendo á nuestros sacerdotes dispersos, * nuestras casas de educación y de beneficencia cerradas ú ocupadas por los usurpadores de los bienes eclesiásticos, considerando que toda garantía y seguridad personal son imposibles bajo el absolutismo radical, he dado por terminada mi misión entre aquellos pueblos y he depuesto á los pies del Supremo Pastor de la Iglesia el cayado que me habia entregado, presentando humilde y respetuosamente mi renuncia del cargo pastoral. Pero, mientras Dios manifieste su adorable voluntad respecto del vínculo que aún me liga con aquella Iglesia, he resuelto quedarme en esta comarca limítrofe, consagrando mi ministerio á los buenos y piadosos habitantes de los campos para mostrarme de alguna manera agradecido por la bondad con que nos han acogido.

Cualquiera que sea nuestra suerte ulterior, cualquiera el lugar de nuestra peregrinación, jamás se borrarán de nuestro corazón los sentimientos de afectuosa gratitud para con los hijos de esta República que, inspirados por su profunda religiosidad, han provisto y siguen proveyendo á nuestra subsistencia, presentándonos sus ofrendas con una delicadeza de sentimientos que forma un gratísimo contraste con la cruel y arrogante rapacidad de los radicales que nos despojaron de todo.

A las incesantes invectivas, amenazas y calumnias con que los órganos de la prensa liberal nos persiguen desde más allá de las fronteras del Ecuador, en un lenguaje que es digno de los abominables propósitos que sus autores anhelan, he opuesto hasta el día presente el más absoluto silencio.

Intimamente convencido de que los desgraciados autores y propagadores de tanta calumnia, no hacen más que obedecer á encargos y mandatos ajenos, y que ellos mismos no creen una sola palabra de cuanto escriben para rebajar nuestra dignidad de sacerdotes y que, entrar en discusión y polémica con semejantes adversarios sería dispensarles una honra que no merecen, los dejo y abandono á su ciega obstinación, esperando

* A consecuencia de la guerra contra los sacerdotes de la Diócesis de Portoviejo, con pretexto de que eran extranjeros, toda la vasta provincia de Esmeraldas ha quedado completamente privada de los auxilios religiosos; en la de Manabí, sólo dos acompañan todavía al Rmo. Sr. Administrador Apostólico; un ecuatoriano y un extranjero. Este último, después de haber sido conducido como preso al cuartel militar sin motivo ni pretexto siquiera, fué notificado verbalmente por el gobernador de su expulsión, pero á pesar de los vejámenes y amenazas se ha quedado todavía. El Sr. Administrador, si bien ecuatoriano y aún manabita, tiene que ocultarse continuamente para no ser vejado por sus mismos compatriotas.

con serena calma que nos veamos juntos ante el tribunal de Dios que en su tiempo manifestará las obras de cada uno. Entre tanto, mis sacerdotes y yo, bien podemos consolarnos y gozarnos en Aquél que nos dice: “Bienaventurados sois cuando os maldijeren los hombres y, mintiendo, dijeren todo género de mal contra vosotros por causa mía; alegraos y gozaos porque grande es vuestra recompensa en el cielo!”

Y bien permitido parece gozarnos con la cristiana esperanza de hallar en aquel tribunal un Dios misericordioso para con nuestras flaquezas y miserias personales, y un justo Juez que vindique nuestra honra de ministros de su Iglesia y de predicadores de su santa ley, cuando aquí mismo tenemos ya la prenda de esta esperanza en la autorizada palabra de un Obispo católico que nos vindica de las calumnias de la prensa liberal, y en las simpáticas manifestaciones de todo un pueblo que nos recibe como á defensores de su misma fe.

Empero, todas estas manifestaciones no me permiten continuar en el silencio que hasta ahora he observado á pesar de las provocaciones de la prensa descreída. Debo á mi corazón henchido de gratitud y debo á mis compañeros en esta lucha santa, la satisfacción de presentar un testimonio público y cordial de nuestro agradecimiento á este católico pueblo y á su magnánimo Obispo. Y si de aquí resulta una nueva confusión para los enemigos de la Iglesia, ¡tanto mejor! pues esto mismo pedimos cada día: “*Te rogamus. Señor, que te dignes humillar á los enemigos de la Santa Iglesia.*” Para este fin he creído deber hacer algo más de una simple manifestación de gratitud por los favores de la hospitalidad recibida; me explico: El dignísimo Prelado de Pasto, apenas entrado en el gobierno de su Diócesis, no sólo ha visto y reconocido los peligros de afuera sino también los de adentro. Observando que muchos todavía persisten en decirse adictos al liberalismo, con pretexto de no reconocer en este sistema, tal como ellos se lo imaginan, doctrinas ni tendencias perniciosas, ha querido representar á estos renitentes su deber de sujetarse humildemente á obedecer al magisterio de la Iglesia.

Pues bien, si los que han sido víctimas de la impiedad é intolerancia liberal tienen derecho de hablar de ella, si los que fueron testigos de las obras y frutos del liberalismo son acreedores á ser oídos

en el examen y juicio de este sistema, nosotros que hemos experimentado en nuestras mismas personas lo que es esa decantada tolerancia liberal, ese respeto por las opiniones ajenas; lo que vale la prosperidad y progreso que trae á los desgraciados pueblos que, engañados por sus falaces ofertas le abren la puerta, dejaremos hablar los hechos que hemos presenciado, y el fallo no será dudoso: *Un árbol que tales frutos produce no puede ser bueno!*

No se me oculta que todo eclesiástico, cuando quiere exponer la enseñanza católica sobre el liberalismo, quitarle su piel de oveja y mostrarle al pueblo tal como es, se le presenta un inconveniente grave, capaz de arredrar á los medrosos. Una consideración le embarga la lengua y detiene la pluma, y es que de antemano sabe que los astutos liberales lo han de denunciar como quien se entremete en la política y tiene ambiciones personales. Esta falaz insinuación es particularmente sensible para el Obispo; pues por una parte no puede tolerar que el liberalismo pervierta la inteligencia y el corazón del pueblo, y por otra parte no puede ser indiferente á su dignidad y buen nombre que sufren cuando se le tiene en concepto de un hombre interesado en las bajas esferas de la política mundanal.

El Ilmo. Señor Obispo de Pasto no ha creído deber detenerse ante el inconveniente que acabo de señalar. ¡Alabado sea Dios por ello! No le ha parecido que este es tiempo de callar tímidamente y de aconsejarse con la prudencia del mundo, tan amiga de la comodidad personal y enemiga de la cruz de Jesucristo.

Séame permitido referir aquí lo que á este respecto me sucedió en Manabí, pues viene al caso:

Cuando allá en Calceta me ví amenazado con los gritos de muerte de los liberales que me tenían sitiado con mis sacerdotes, me visitó un caballero de excelente corazón pero completamente imbuído en las teorías liberales.

“Señor Obispo, me dijo, déjese de sus ideas y tome las nuestras, nadie querrá matarle entonces.”

¡Dios me libre! le contesté, no he de cesar de exigir de los Manabitas que obedezcan á la Iglesia; Nuestro Señor Jesucristo, si hubiere seguido el consejo que usted me da, si hubiere tomado las ideas de los judíos y en especial de los fariseos, jamás le hubieran crucificado!

En verdad, cuando el liberalismo ve que los sacerdotes fieles á su deber se oponen á sus miras, cuando les oye inculcar al pueblo la obligación de obedecer á las autoridades y de alejarse de la revolución, ¡ah! entonces se pone su consabida máscara y afectando una indignación santa, se da la misión de censurar á

estos sacerdotes como olvidados de la dignidad de su carácter y acusarles de indebida ingerencia en las cosas políticas.

Cuando al contrario algún desgraciado eclesiástico se hace revolucionario liberal, cuando concurre á los clubs de la subversiva facción; cuando algún Prelado consiente en callar siempre y permite que corran libremente las publicaciones más impías, ¡oh! entonces cambia la cosa. Estos eclesiásticos son encomiados como verdaderos patriotas; el liberalismo, lejos de censurar su participación en la política, la acepta de buen grado. Estos ministros de la Iglesia que así se olvidan de su deber, son celebrados por los órganos de la secta como modelos acabados de prudencia y de dulzura evangélica; todos los demás Prelados y sacerdotes son tratados de fanáticos ignorantes y de viles y ambiciosos especuladores. En efecto; ya me parece que oigo las explosiones del furor sectario contra el Ilmo. Señor Obispo de Pasto; ya retumban á mis oídos todas las declamaciones de su conocido diccionario de insultos.

Esta táctica y astucia del Liberalismo, demasiado la hemos experimentado nosotros durante los diez años que desempeñamos el sagrado ministerio en la diócesis de Portoviejo. Jamás y en ninguna ocasión ni yo ni mis sacerdotes hemos consentido en ingerirnos en los proyectos de los diversos partidos. Aún instado por ciertas autoridades públicas para que con mi influjo personal y el de mi clero favoreciera sus gestiones eleccionarias, siempre me he negado á esta pretensión, procurando convencer á los solicitantes de lo impropio que era.

Toda nuestra acción política ha consistido en decir á los magistrados y empleados públicos que debían observar la ley de Dios y dar al pueblo ejemplo de verdaderos cristianos. Respecto del pueblo, toda nuestra acción política se ha reducido á obedecer al mandato que S. Pablo da al Obispo de Creta: "Amonéstalos que estén sujetos á los príncipes y á las autoridades, y que obedezcan á lo que se les manda."

Especialmente cuando vimos los preparativos de la revolución radical contra el Gobierno constitucional y legítimo, me valí de mi autoridad episcopal para prohibir á mis diocesanos toda participación en ese crimen de lesa-patria, y en caso de desobedecer á mi palabra, los hice responsables de todas las calamidades que debían venir. Les representé, y esto en abierta oposición contra la teoría liberal que, disparar el arma contra un soldado defensor de la autoridad legítima era ni más ni menos que un execrable asesinato.

A la fuerza militar estacionada en Portoviejo le recordé que el deber sagrado del soldado cristiano es defender al Gobierno legítimo y guardar el juramento de fidelidad que ha jurado á la bandera de su país.

Si el liberalismo considera todo esto como ingeren-

cia indebida en el orden político, prueba por lo mismo que su principio fundamental es la rebelión contra Dios y su santa ley, en cuyo nombre enseñamos y amonestamos al pueblo cristiano.

El Ilmo. Sr. Obispo de Pasto claramente lo expresa así repitiéndoles estas palabras del Sumo Pontífice: “*El Liberalismo es la rebelión de la voluntad humana contra la voluntad divina en el orden religioso, político y social.*”

En otros términos; el liberal, en orden religioso, no cree sino lo que tiene por bien creer, ni obedece á la Iglesia sino cuando le place; en el gobierno político no reconoce la ley de Dios, la que únicamente puede hacer felices á los pueblos; de las relaciones mútuas de los ciudadanos destierra las virtudes cristianas de justicia y caridad.

Esta su rebelión la propaga el liberalismo con una celeridad alarmante; la apostasía general se está viendo, mientras los aconsejadores de la prudencia mundanal, con pretexto de evitar mayores males, quisieran que ni se hablara ni se predicara contra el liberalismo, como si él no fuera el más grande de los males. Quien de esto dudare, reflexione que, perdida la fe, todo está perdido; perdida la fe, se pierde la misma raíz y el fundamento de la salvación.

Por cierto, no se trata de subir á los púlpitos para tronar desde ahí contra tales ó cuales vecinos de la localidad, titulándoles liberales, sólo porque son enemigos personales, ó para quitarles sus empleos ó destinos y hacerlos pasar á manos de parientes y amigos. Semejante manera de combatir al liberalismo sería una verdadera calamidad y deshonra de la Iglesia; mejor sería cerrar la boca é imponer silencio á tales defensores.

Pero ¡gracias á Dios! el Pastor de esta grey no teme ni tiene por qué temer semejante traición de ninguno de sus colaboradores en el apostolado, toda vez que en términos claros y luminosos les ha trazado el verdadero y propio carácter del liberalismo y espera que sus sacerdotes sean “*el eco que haga resonar y cruzar por los confines de la Diócesis*” la autorizada voz del Pastor común. Esta voz proclama altamente que el Liberalismo es la completa apostasía, la rebelión del hombre contra Dios bajo todos aspectos.

Nuestro Divino Redentor nos ha anunciado que en

su segunda venida al mundo la fe habrá desaparecido casi por completo, y todo indica que el liberalismo se ha encargado de realizar esta apostasía universal. En efecto; sorprendente es el poder de seducción que esta teoría tiene para descatolizar á los pueblos que invade.

Los públicamente impíos le pertenecen de derecho á título de radicales, pues de raíz quisieran exterminar la fe; los escandalosos públicos, los adúlteros, y concubinarios, los comerciantes y empleados públicos sin conciencia le pertenecen igualmente como cosa propia, pues el Liberalismo les tiende buen colchón y blanda almohada en que duermen sin sentir los estímulos del remordimiento.

Los demás que se dicen liberales sin ser ostensiblemente hostiles á la Religión y no dejan de participar á aquellos actos religiosos que no les incomodan, siempre son cristianos tibios y flojos. La confesión sacramental no les acomoda y, generalmente, la han dejado desde muchos años, la oración y las devociones domésticas las dejan para la esposa y los pequeñuelos. Pero, cuando llega el momento de la prueba cuando es tiempo de hacer algún sacrificio por la Religión, de decir una palabra en su defensa, de oponerse á las publicaciones impías y de ayudar á la prensa católica, ¡ah! entonces se ocultan cobardemente, si es que, atraídos por la oferta de alguna ventaja, no se pasan abiertamente al bando opuesto.

Y ¡cuán difícil es desengañar y convertir á esos católicos liberales, moderados y prudentes! “Yo no soy enemigo de la Religión, se dice, pero no me gusta la exageración en nada, hoy conviene ser tolerante, ya no se quema á los herejes como en otros tiempos. Verdad es, lo confieso, que hoy son los radicales los que matan, no á los herejes, sino á los sacerdotes, mas yo no soy de ese bando extremo, quiero andar por el camino del justo medio.”

Pero ¿cómo no ves, mi pobre amigo, que tu camino del justo medio te conduce al mismo término que los radicales? Tú acusas de exagerados á los Pastores de la Iglesia, quienes te enseñan que los que se dicen liberales son imitadores de Lucifer, tú les desobedeces con tu pertinacia en llamarte liberal y con esto recomiendas y ayudas á propagar una secta condenada, anteponiendo tu voluntad humana á la voluntad divina. ¿Cómo ignoras ó desprecias aquella sentencia

del divino Redentor: “¿El que no oye á la Iglesia, lo debes reputar por gentil y publicano?”

En efecto, cuando la Iglesia ha condenado al liberalismo en todos sus aspectos, no es posible que un católico continúe llamándole *liberal*, sin declarar al mismo tiempo: “La Iglesia no entiende estas materias, ella está equivocada; mejor las entiendo yo, y prefiero mi parecer á la enseñanza del Vicario de Jesucristo.”

Así precisamente piensan y hablan aquellos que alegan otro pretexto muy común entre los liberales para disculpar su desobediencia. “Nuestro liberalismo *americano*, dicen, no es enemigo de la Religión católica, como el de Europa, nosotros por lo menos somos y seremos siempre católicos; nuestro liberalismo es un partido meramente político con sus ideales propios”.....

Una comparación muy sencilla será suficiente para pulverizar tan vana disculpa: Si los leales y verdaderos defensores de la patria, arrojasen su bandera nacional para enarbolar y saludar la del enemigo, diríamos que se han convertido en traidores de su país; hagamos la aplicación de este símil:

Desde un siglo á esta parte, los que han perseguido á la Iglesia en Europa y en esta América Latina, los que confiscaron sus bienes, expulsaron las órdenes religiosas, mataron á los sacerdotes fieles, todos esos enemigos del catolicismo se han llamado *liberales*; el título *liberal* es la cinta y divisa de esos soldados del Anticristo. Siendo esto así, se sigue con toda evidencia que decirse *liberal* hoy día es ponerse cinta y divisa de los que hacen la guerra á Dios.

Y de paso rectificuemos aquella maliciosa observación de los moderados de que “*hoy no se quema á los herejes.*” La Iglesia jamás ha quemado á ningún hereje, si bien los pueblos cristianos de otros tiempos quemaron á los blasfemos, pensando que la blasfemia y la herejía son el crimen más grande que el hombre puede cometer contra Dios y contra la sociedad; pero, en cambio, los liberales, empezando con la revolución de 1793 y acabando con la que hoy devasta al Ecuador, han exterminado más cristianos por no ser de su opinión, que los tribunales de la inquisición en todos los siglos de su existencia. Y hoy todavía siguen con su grito! ¡Mueran los frailes!

Entre los jóvenes es en donde el Liberalismo recluta más adeptos y causa mayores estragos. Opuestos como son por inclinación natural á todo cuanto dice sujeción, amantes de placer y distracción, poco se acomodan con la atmósfera religiosa y la austeridad de la moral cristiana; mejor les sienta la moral independiente que les brinda el Liberalismo. Y ¿qué medios hay en estos tiempos para sustraer á esos incautos jóvenes de las exhalaciones pestilenciales del periodismo liberal, cuyas publicaciones como pájaros inmundos llenan el aire por doquiera y lo apestan todo? Para resistir á tantos medios de seducción, se necesitarían dos cosas: Una inteligencia superior, capaz de sobreponerse á los sofismas que alucinan á los necios, y un carácter religioso bastante firme para buscar en

los santos sacramentos, en la oración y en la fuga de malas ocasiones y compañías la gracia de Dios, sin la cual nada podemos.

Pero, jóvenes con esta superioridad de talento y de carácter ¿en dónde hallarlos? “¡Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos! Ancho es el camino de la perdición y muchos son los que por él andan.”

A favor de estas y otras muchas circunstancias, la apostasía liberal ha hecho tantos progresos que, sin una intervención divina y extraordinaria ya no podrán ser contenidos. Muchos así lo creen, y no han faltado en nuestros tiempos manifestaciones sobrenaturales que anuncian catástrofes terribles que recordarán á la humanidad que existe un Dios á quien debe obedecer. Pues, que venga la manifestación de la justicia divina, si es necesaria, ya es cosa intolerable para quien adora á Dios, ver como su divina Majestad es ultrajada en el mundo! Entre tanto, como Noé predicó la penitencia á aquellas generaciones descarriadas, así es deber de los Pastores de la Iglesia predicarla en estos tiempos; el Ilmo. Sr. Obispo de Pasto lo hizo, y confiamos que su voz no será desoída! Con esto, poniendo fin á las reflexiones, dejaré que hablen los hechos.

Cuando, á mediados del año de 1895 se presentó el emisario de la Masonería en el puerto de Guayaquil, rodeado de su séquito cosmopolita de hermanos masones, anunció confiada y resueltamente que traía desde Nicaragua la misión de acabar con el reino de Jesucristo en el Ecuador. “Vengo para poner fin á la Teocracia en el Ecuador,” dijo Eloy Alfaro, si debemos creer á los papeles públicos y á los hechos que tenemos á la vista.

Nada extraño hay en que un “hermano” de esa cofradía llegue con semejante propósito, cuando el conocido objeto de los masones es colocar á Lucifer en lugar de Jesucristo, esto lo atestiguan las palabras del Papa León XIII arriba citadas: “Los francmasones públicamente y á cielo abierto emprenden la obra de arruinar la santa Iglesia, á fin de conseguir, si fuera posible, despojar completamente á las naciones cristianas de los beneficios que deben á Nuestro Señor Jesucristo”

Los masones de adentro y de afuera se apresuraron á congratular á su querido hermano; los de la oscura República Nicaragüense le habían reconocido como beligerante aún antes de que desembarcara. Y ¿no acaban ellos también de poner fin á la Teocracia en su desgraciado país, desterrando á sacerdotes y religiosos? La logia de Chile, no contenta con

aplaudir á su querido hermano, anunció desde luego días felices y prósperos para los socios que cargarían con los despojos del pueblo vencido y avasallado: “Por fortuna, dice el órgano de los masones chilenos, el triunfo del querido hermano Alfaro traerá para la Orden días prósperos y felices! ¡Ah! ¡Cuán distinto será ahora en el Ecuador, merced al triunfo de la libertad encarnada en el invicto hermano Alfaro! (*Cadena de Unión, 30 de Setbre. de 1895*).

Sí, muy distinto es ahora en el Ecuador con la encarnada y ensangrentada libertad que han traído esos hermanos; así lo prueban los asesinatos, los destierros, encarcelamientos y torturas de los prisioneros, las confiscaciones, la supresión de la instrucción y de todas las obras públicas y el desbordamiento de todos los vicios. Sí, los masones tienen razón de estar contentos, no era así cuando había Teocracia en el Ecuador!

Pero, pregúntome ahora, ¿cómo fué posible que toda una nación que cree en Jesucristo, se dejara decir en su cara que venían á destruir la Religión de este su divino Redentor?

La explicación de este misterio de iniquidad y de la arrogancia masónica se halla en la íntima persuasión que tenían los *hermanos* de que el terreno estaba suficientemente preparado, la semilla sembrada, y germinada y la cosecha madura para estender la mano y cojerla.

Y ¿quién había arado, sembrado y regado ese terreno? Ningún otro que el pérfido y traidor liberalismo, astutamente dirigido y manejado por los hermanos masones que las más veces se ocultaban, sin dejar de asomar de vez en cuando la cabeza para animar á los operarios de iniquidad. La historia de este misterio masónico la trazará sin duda algún ecuatoriano católico, cuando en su patria, libre de la opresión en que yace con la encarnada libertad que le han traído, se pueda decir y escribir la verdad. Por ahora me limitaré á referir una serie de hechos públicos y notorios que bastarán para probar la existencia de este trabajo subterráneo de los masones. Y aun en cuanto á los hechos que indicaré, me refiero tan sólo á los últimos dos lustros de la historia del Ecuador, porque en este tiempo fué más visible la acción liberal-masónica.

Unos cinco años habrá, cuando en ocasión de ciertas elecciones políticas se lanzaron por vez primera aquellas siniestras vocerías de *¡Abajo las sotanas! ¡Mueran los frailes!* Se oyeron primeramente esas maldiciones contra el sacerdocio en la costa y muy aisladamente, pero poco á poco se extendieron y se repitieron por los socios.

El venerable Obispo de Loja comprendió al momento adonde iba el astuto enemigo y dió á sus diocesanos la voz de alerta. “¿Sabéis, les dijo, en una Carta Pastoral, lo que significan esos gritos? Con esto dicen: ya no queremos sacramentos, ni confesión, ni misa, ya no queremos á Jesucristo.” El solícito Pastor de Loja conoció desde luego lo que intentaba la masonería, lo que más tarde ella indicó claramente cuando gritó *¡Muera Cristo!*

Hubo entonces ciertos católicos ciegos y flojos que no quisieron reconocer en aquellas manifestaciones la descubierta y avanzada masónica que adelantaba cautelosa, pero con paso decidido. Todo un Ministro de Estado se me quejó agriamente de que en una Carta Pastoral hubiese recordado á la Autoridad pública su deber de castigar á aquellos blasfemos. Esos gritos, se me contestó, son de unos niños inconscientes ¿por qué alarmarse con tan poca cosa? Pero ¿quién había adoctrinado á esos pobres niños? ¿Quién los había enviado á la plaza y á la habitación del Obispo para que así gritaran contra los sacerdotes? Hé aquí el misterio; su explicación héla aquí: La Masonería enseñaba y adiestraba á los que debían insultar á los sacerdotes; el Liberalismo, aconsejaba á los Pastores de la Iglesia que guardaran silencio.

Desde esa misma época se desbordó la prensa liberal lanzando heregías, sarcasmos volterianos, mintiendo y calumniando á los Papas, Obispos y Sacerdotes como jamás se había visto en el Ecuador. La prensa liberal de Guayaquil se complacía en poner á nuestro adorable Redentor en parangón con un miserable é inmundo Voltaire, gustaba titular al Unigénito Hijo de Dios “el filósofo de Nazaret,” nunca anunciaba las fiestas religiosas de la Santísima Virgen sin aprovechar la ocasión para echar algún impío sarcasmo remediando al satir diabólico de Ferney.

A los Obispos del Ecuador que no tardaron en reclamar, pidiendo que en virtud del Concordato y de las leyes públicas que eran explícitas y terminantes sobre la materia, las autoridades castigaran á esos blasfemos, se les contestaba invariablemente cosas como éstas: “Altamente deploramos esos excesos de la prensa, pero no podemos remediarlos porque la deficiencia de nuestras leyes no lo permite.” ¿Como si en toda República cristiana no fuera ley primordial é inabrogable la de castigar á los blasfemos! Pero esa disculpa ¿qué otra cosa es sino la expresión práctica e aquella teoría liberal que no admite otra ley ni

constitución que las que elaboran los llamados representantes del pueblo soberano? Sin embargo, como queda dicho, las leyes ecuatorianas autorizaban explícitamente el castigo de la prensa impía, pero por *moderación* se dejó todo.

Para calmar y adormecer más á los católicos y favorecer el trabajo subterráneo de los masones, se repetían de vez en cuando en las altas regiones proposiciones como éstas: “*En el Ecuador somos todos católicos, no hay disidentes*; los que se alarman y temen son unos exagerados, intransigentes y fanáticos.” Al propio tiempo se alentaba directamente á ciertos redactores de los periódicos más impíos, dispensándoles encomios y aun premios pecuniarios, y el título de “Noble Prensa de Guayaquil” dado á los órganos del periodismo liberal, llegó á ser una fórmula de estilo.

Alentado en esta connivente tolerancia, la impiedad pasó de las palabras á las obras. Los impíos blasfemadores profanaron en Quito el adorable Sacramento del altar, arrojando y conculcando las hostias consagradas, como para realizar el *Muera Cristo* de su satánica loggia. Y, como para asociar otra vez á la Madre con su divino Hijo en la dolorosa pasión, no ya en medio de los judíos, sino en el centro de la República del Sagrado Corazón de Jesús, profanaron y mutilaron una estatua de la Virgen expuesta á la veneración pública.

Verdad es que el pueblo verdadero de Quito, ofreció actos públicos y conmovedores de desagravio al Dios sacramentado y á la Virgen inmaculada, pero también es cierto que inmediatamente “El Diario de Avisos”, órgano principal de la prensa del Guayas, publicó un artículo largo y repleto de blasfemias para hacer nueva irrisión, tanto de nuestro Dios sacramentado como del pueblo creyente que adora á Jesús en su Sacramento de amor, y este artículo fué reproducido y encomiado por el periódico liberal de Mauabí.

Al relatar estos escándalos públicos, no puedo menos de recordar aquella sonora y muy católica protesta que se hizo en la solemnidad de la segunda inauguración de la fábrica de la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús: “En el caso imposible, se dijo, de que la política entrare en conflicto con la Iglesia preferiremos los intereses de la Religión á los de la tierra.” Pues el caso se presentó muy luego; la Iglesia pedía el castigo y represión de aquellos escándalos públicos, la política empero se decidió por el principio liberal, negándose á refrenar la abusiva y licenciosa prensa y cobijándose cobardemente con “la deficiencia de nuestras leyes.” La Iglesia y la Religión fueron sacrificadas á los mezquinos intereses de la tierra, por no molestarse un poco, chocando con la teoría liberal.

Dejo de referir otras muchas manifestaciones impías que á la sombra de esa tolerancia liberal se repetían en el interior de la República; el discurso masónico que hicieron declamar á un maestro zapatero en la Exposición de artefactos en Quito; la serie de discursos herético-liberales que un maestro de escuelas hizo recitar á los inconscientes muchachos en el Teatro público; el grito "Abajo las Mitras" vociferado por un masón frenético en presencia de las autoridades religiosas y civiles y de todo el pueblo, cuando se inauguró la estatua de Sucre en la plaza de Santo Domingo; solo diré que el termómetro de los progresos de la impiedad en la misma ciudad de Quito, lo tenemos en esa turba de mozos arrogantes, impíos y malcriados que los masones llevaban á la "barra" del Congreso nacional. Esa especie de Cholo-Jacobinos eran traídos y pagados para acallar é intimidar á todos los oradores católicos con sus feroces ahullidos y amenazas, mientras á una orden dada aplaudían á toda proposición impía de los representantes de la logia.

Todo este sistema de condescendencias, debilidades y culpables connivencias con la impiedad fué decorado con el pomposo nombre de *Progreso*, y sus autores se titularon *Partido Progresista*.

¿En qué consistía ese pretendido progreso y cómo se lo imaginaban sus partidarios? Fácil es explicarlo en vista de los hechos.

García Moreno había hecho progresar á su país fundando sus instituciones sobre las enseñanzas puras y estables de la Iglesia Romana: "¡Legisladores!, dijo á los Representantes de la Nación, no perdáis jamás de vista que todos nuestros pequeños adelantos serían efímeros, si no hubiéramos fundado el orden social de nuestra República sobre la roca siempre combatida y siempre vencedora de la Iglesia Católica."

Con esta declaración de fe, García Moreno no hizo otra cosa que repetir lo que muchos siglos antes había predicado el apóstol san Pedro: "*No hay otro nombre (que el de Jesús) debajo del cielo que haya sido dado á los hombres para que se salven.*" El Verbo divino, el Unigénito Hijo de Dios ha sido enviado al género humano para ser la luz que guíe las naciones á la paz, á la verdad y á la felicidad; y la Iglesia Católica es la única depositaria de estos beneficios del divino Redentor.

En oposición con este firme y seguro principio de la civilización ó progreso cristiano, la nueva teoría del progresismo pensó que el catolicismo puro é intransigente con los errores modernos sería un retroceso hacia las *tenebrosas edades de la fe cristiana*, como gusta expresarse la secta liberal: ellos opinaban que se debía transigir con la impiedad, concediéndole libertad é impunidad para blasfemar contra Jesucristo y sus santos, para hacer irrisión del culto divino y para implantar en el Ecuador aquella moral *libre é independiente* que corrompe las masas del pueblo. Y en efecto; así lo hizo el progresismo, sin duda con la esperanza de atar á su carro político todos los partidarios de la impiedad, fuesen radicales ó masones; pero su cálculo le salió errado y funesto, como luego veremos.

El Ilmo. Señor Obispo de Loja, guiado por su larga experiencia y mucho más aún por la luz que Dios departe á los Pastores de la Iglesia para deshacer las falacias del espíritu de tinieblas, instruyó inmediatamente á sus diocesanos sobre el carácter de aquel falso progreso, y señaló las tendencias anticristianas que entraña.

Entre tanto dispuso la divina Providencia que aquel nuevo edificio levantado, nó sobre el firme fundamento de la Iglesia Romana, sino sobre la movediza arena de cálculos políticos viniese al suelo del modo más humillante y vergonzoso para los presumidos arquitectos que lo habían alzado. Ocasión próxima de esta ruina fué un acontecimiento curioso que apenas es necesario relatar por ser actual y reciente.

El gobierno de Chile deseaba vender uno de sus vapores de guerra al Japón pero, como este último país se hallaba á la sazón en guerra con la China, y porque el derecho internacional prohíbe la venta de elementos bélicos á ninguna de las partes beligerantes, se celebró un contrato ficticio de compra-venta entre ciertos agentes de Chile y del Ecuador, estipulando que el vapor en cuestión saldría de las aguas chilenas con bandera ecuatoriana, y una vez en alta mar, cambiaría de bandera y tomaría rumbo al Japón; los negociadores ecuatorianos recibirían á título de gratificación la suma de ochenta mil libras esterlinas.

Apenas se divulgó en el Ecuador el abuso que se había cometido con la bandera nacional, para llevar

á cabo un negocio fraudulento, cuando estalló una indignación universal y muy justa. Todos unánimemente pidieron al gobierno que indagara los especuladores y los castigara. La averiguación empero se hizo poco menos que imposible, pues todos los interesados se lavaron las manos y protestaron de su completa inocencia. La indignación popular se dirigió entonces contra el mismo gobierno del Ecuador, el cual hubo de sucumbir bajo el doble peso de su impopularidad y el de la acusación referida. La primera era consecuencia natural de sus perpetuas tergiversaciones, careciendo como carecía de todo principio fijo, y por sus condescendencias con los elementos subversivos del país.

Los ecuatorianos católicos estaban descontentos por aquellas transigencias con la impiedad, y observaban con profundo dolor que paulatinamente se arruinaba la Religión y las costumbres cristianas de su Nación. Por otra parte, el liberalismo masónico que astutamente había favorecido al progresismo, porque servía á sus fines y le allanaba el camino, vió que el momento era oportuno para provocar una revolución, derrocar al gobierno y colocarse en su lugar. Con este plan, los masones soplaron con todas sus fuerzas el fuego de la indignación popular contra el gobierno constitucional, y no se cansaron hasta echarlo por tierra.

En Quito y Guayaquil se sucedían los "meetigs" populares que se celebraban en las plazas públicas; allí los oradores arengaban al pueblo desde los balcones de alguna casa, y se deshacían en violentas protestas contra un gobierno que había "vendido la honra nacional," derramaban lágrimas por la bandera "manchada," la que debía ser lavada en la sangre de los traficantes, y repetían mil otras extravagancias por el estilo.

Quien conoce *la moral libre é independiente* del liberalismo y los negocios fraudulentos de los hermanos de compás y mandil (basta recordar los escandalosos negocios del Canal de Panamá) sabe á que atenerse con esa comedia, y no puede dudar por un momento que los autores de esas escenas se inspiraban de otras cosas que nó de escrúpulos de conciencia.

Y que de parte de las logias masónicas todas aquellas declamaciones oratorias y lágrimas de ternura

por la bandera manchada hayan sido una pura comedia, lo prueban dos cosas. La primera es que, cuando los católicos, después de la caída del gobierno, convidaron á los diversos partidos para proceder á la elección de un nuevo Presidente de la República, la facción masónica les contestó en Guayaquil arrojando urnas y mesas electorales al río. Inmediatamente ocurrieron á Nicaragua por el querido hermano que no tardó en llegar y reina desde entonces sin ley ni constitución por la soberana voluntad de la Orden masónica. Añádase á esto que la facción, después de haber realizado su plan de dominar al Ecuador, no se ocupó más de la bandera manchada, ni averiguó siquiera los profanadores del emblema nacional.

Hubo, con todo, en esa comedia liberal-masónica una cosa seria y aún muy aflictiva para todo corazón cristiano.

Una bandera nacional, por respetable que sea, no es, sin embargo más que un emblema, un signo de alguna sociedad ó colección de seres humanos á quienes representa ó indica. Pero, mientras la prensa calentaba las cabezas sin tregua ni descanso con sus sermones sobre la profanación de aquel signo, que había servido á ciertos individuos para ganar algún dinero, sin que tuviesen la intención de irrogar directamente alguna injuria á su bandera,—esa misma prensa ofendía y ultrajaba públicamente á la Majestad de Dios, y esto no en un emblema sino en la misma Divinidad!!! Por una bandera deliraban todos—de la Divinidad ofendida ¿quién se preocupaba?

Cuando hice notar á mis diecesanos ese contraste aflictivo y escandaloso entre el modo de tratar á Dios y el celo por una bandera nacional, celo que ya rayaba en delirio, la prensa liberal me contestó con un torrente de insultos y, como no pudiese oponer ninguna razón á mis observaciones, falsificó mis palabras, me acusó de haber ultrajado la bandera nacional del Ecuador y pidió que fuese expulsado como *extranjero pernicioso!* Lo que fué más sensible aún es que hubo entonces ciertas publicaciones salidas de la pluma de eclesiásticos en que se desconoció la justicia de mis observaciones sobre aquel contraste entre la devoción á una bandera y el culto que á Dios se debe. “En este punto no estamos con el obispo de Portoviejo,” decían, sea que les moviese un nacionalismo mal enten-

dido, ó el temor de desagradar á los de la prensa liberal.

Y aquí, aunque sea con peligro de ser mal comprendido por algunos y de incurrir la nota de censor importuno en el concepto de otros, no dejaré de expresar mi modesto pero firme parecer respecto de aquellas pompas ruidosas que por aquel mismo tiempo se celebraron en el interior de los templos sagrados por el centenario del nacimiento de uno de los próceres de la independencia. Todo abuso en esta materia acarrea la indignación de Dios y sus castigos; santa es la fe, santo debe ser también el culto! La Iglesia no celebra el natalicio de sus mismos santos, porque nacieron pecadores y enemigos de Dios, para los fieles, sin excepción, tiene sufragios, el culto católico no les dispensa otras honras. Muy oportunamente lo declaró así el anciano Obispo de Loja, muy oportunamente, digo, porque el encomio de *inmaculado* y el calificativo de *venerandas reliquias*, dado por sacerdotes á los restos mortales del Mariscal de Ayacucho, indicaban una aberración nada conforme con el espíritu y la mente de la Iglesia. El que se haya fijado en la tendencia del paganismo moderno que es sustituir á las fiestas religiosas el culto de las glorias humanas, comprenderá mis observaciones y las hallará justas y oportunas.

Perdónenme los católicos del Ecuador si he puesto el dedo en ciertas llagas dolorosas de su cara patria! Puedo jactarme justamente de no cederles en el verdadero amor á su país. Veintitrés años, los mejores de mi vida, empleados en esta misión á que fui enviado por la divina Providencia, los sufrimientos morales y físicos por los cuales tuve que pasar por haber militado ahí en el servicio de Dios, son títulos que acreditan la sinceridad de mi protesta. Y si de esto me glorío, Dios sabe que no es por mundanal vanidad, la gloria de todo pertenece al Señor y, del fondo de mi alma repito aquellas palabras de profeta Daniel: "Tibi Domine justitia, nobis autem confusio faciei." "*Tu sólo, Señor, eres justo, á nosotros se nos cubre el semblante de confusión.*"

La impiedad continuará llamándonos aventureros extranjeros pero los hijos de la Iglesia que no ignoran que el Ecuador no está fuera de esta sociedad que abarca á todos los pueblos, la Iglesia católica, en la cual somos hermanos y conciudadanos, y esto con mayor razón que los hijos de las tinieblas, que para su iglesia del Anticristo no reconocen fronteras y forman en efecto un reino que aspira á ser universal.

Pues, si la caridad cristiana, si el deseo vehementísimo de ver á esa preciosa porción de la Iglesia que se llama Ecuador, feliz y libre del yugo masónico me alienta para que hable lo que siento, digo que la República no se salvará sino cuando sus hijos se vuelvan hacia Dios y renuncien á toda connivencia y transigencia con todo lo que

huele á Liberalismo. Y por ser el mal ya grande y porque el contagio de la seducción se ha extendido en vastas proporciones, es preciso hablar claro.

Y ¿no me dijo acaso un noble y distinguido emigrado del Ecuador, al pisar el suelo colombiano, estas palabras que salían de un corazón la tera lo por los desengaños: "Parece ser necesario que mi patria haga por algunos años la experiencia de un gobierno radical, pues toda la aristocracia de.....es liberal!" No permita Dios que sea y suceda así, pero la única esperanza de salvación está en confesar los yerros cometidos y en evitarlos de hoy en adelante.

Mientras los masones atacaban públicamente la Religión en el Ecuador, y sus socios los liberales les ayudaban concediéndoles completa impunidad y haciendo á los católicos con las pérfidas protestas de su respeto por la Iglesia, pusieron por obra otro plan que manifiesta como la hipocresía de los caballeros del mandil es astuta cuando es cuestión de humillar á la Iglesia.

Sabido es que los altos directores de la Masonería han expedido repetidas instrucciones en que excitan á sus *queridos hermanos* á que trabajen de todos modos para desacreditar y desprestigiar al clero católico, seguros de que, perdido en el pueblo el respeto á los Ministros del Señor, será fácil acabar con la Religión.

Varios Obispos del Ecuador han reproducido en sus Cartas Pastorales esos decretos masónicos. Pues, he aquí de que manera los masones ecuatorianos pusieron en práctica el mandato de su Gran Oriente.

La divina Providencia había colocado en la silla metropolitana de Quito un Arzobispo muy esclarecido por su firmeza inquebrantable en sostener la dignidad de la Iglesia. El Ilmo. y Rvmo. Señor Ordóñez no perdonaba desvelos ni sacrificios cuando era cuestión de promover y sostener las benéficas obras de catolicismo: La honra y el brillo del sacerdocio, el esplendor del culto divino, la pureza de las costumbres en el pueblo, las asociaciones de beneficencia cristiana y la resistencia á la propaganda impía, todos estos nobles objetos eran la constante preocupación del Prelado.

Para contrarrestar y esterilizar los esfuerzos del Metropolitano, la logia quiso herirlo en la parte más sensible, desacreditándolo públicamente como opuesto al Romano Pontífice. En efecto, primeramente se le denunció en un discurso público y oficial, pronunciado en la misma Catedral de Quito, como "*el único punto negro en el horizonte del Ecuador por hallarse en divergencia con el Papa.*" Luego, para apoyar tan indigna calumnia se valieron de telegramas y cablegramas de que ellos disponían, para difamar á lo lejos la conducta de un Prelado á quien debían haber acatado y obedecido como á su Superior inmediato en el orden espiritual.

Al propio tiempo se deshacían esos hipócritas en continuas protestas de obediencia filial al Romano Pontífice, decretaron fiestas religiosas para acreditar su devoción, y en discursos y procla-

mas procuraron enmendar y rectificar la conducta de los Obispos del Ecuador, exhibiéndose á si mismos como los hijos más adictos á la Iglesia Romana. Sin embargo, mal encubrian con esas hipocresías su verdadera tendencia, pues esos hombres tan católicos en apariencia inventaron mil molestias y trabas para impedir el ejercicio de la jurisdicción episcopal en la corrección de los pecados públicos y en el sagrado ministerio. En toda verdad se puede decir que, si el Ilmo. Señor Checa fué mártir de la Religion, porque los enemigos de la fe lo envenenaron en el altar, el Ilmo. Señor Ordóñez sufrió un martirio más prolongado y por tanto más doloroso, pues las continuas amarguras que le causaron las pérfidas calumnias y las bien estudiadas malicias de la masonería minaron sus fuerzas y le hicieron bajar prematuramente á la tumba.

Después de haber labrado el terreno con todos esos trabajos preparatorios, la masonería arrojó la piel de oveja para mostrarse en su verdadero aspecto. A fines de 1894 se presentaron en la provincia de Manabí dos agentes masónicos, de los cuales el que fué Ramos Iduarte, anunció á los Manabitas que venía como Jefe de la revolución en aquella parte, y que su misión era matar al Obispo de Portoviejo. (*) Su compañero, Antonio G. Janon que aún vive, hace la misma confesión, lamentándose de que *“no hubiera podido quitarle (al Obispo de Portoviejo) la vida material como lo maté moralmente.”* Democracia, 9 de nov. de 1895. Dejando otras muchísimas pruebas de los nefandos designios de la lógia, cito estos testimonios de los mismos masones porque, cuando vieron que Dios me había librado de sus manos, protestaron con el aire más candoroso de su completa inocencia. Pues aquellos dos agentes se pusieron á organizar la revolución en Manabí, formando *“Comités liberales”* en todos los pueblos de importancia. En el de Chone celebraron con este fin una *“Velada literaria”* en la misma plaza, durante la noche del 10 de Agosto, y ahí dieron rienda suelta á su impío furor. Trataron al Papa de *“mano negra”* que había mandado un obispo extranjero á Manabí; (*¡y los dos eran extranjeros!*) hablaron del Vaticano como del *“Antro del crimen,”* y el *“¡Mueran los frailes!”* fué la expresión final de los votos masónicos.

(*) Así consta por deposición auténtica, dada en la Curia de Portoviejo por una de las personas á quien habló el desgraciado, el que murió de una muerte horrible cayendo ebrio y blasfemando á la cabeza de los revolucionarios que conducía para atacar á Portoviejo.

En Portoviejo se había anunciado otra "Velada" semejante para el 24 de setiembre, pero el proyecto fracasó ante la resolución del pueblo que estaba determinado á volcar la tribuna de los oradores, y á dar un castigo ejemplar á los que se hubiesen atrevido á insultar su religión. En Rocafuerte, una de las poblaciones más importantes de la provincia, tampoco se atrevieron los agentes masónicos á proceder de día. Sin embargo, durante varias noches tuvieron sus reuniones ocultas en casa del mismo representante de la autoridad, y desde ahí recorrieron las calles alarmando y horrorizando á todos los vecinos gritando ¡Muera Cristo! ¡Abajo la Religión! Al fin, viendo que Guayaquil y los demás pueblos del litoral estaban ya en poder de la revolución, reunieron ellos también sus hordas radicales en las selvas de Chone.

Cuando ví como por todos lados los revolucionarios se acercaban á la capital de la diócesis, y que la fuerza leal del Gobierno legítimo estacionada en Portoviejo, hallándose sin recursos para vivir y sin elementos de guerra para presentar una resistencia prolongada contra tantos enemigos, había resuelto retirarse á Quito, consulté á los sacerdotes que habían acudido en esos momentos supremos, para determinar lo que convenía hacer. Todos unánimemente me rogaron que sin pérdida de tiempo me retirara á Quito, tomando el camino de las densas selvas de la cordillera de los Andes. En el mismo sentido me instaron por carta colectiva las señoras de Rocafuerte, las cuales, sabiendo que carecía de recursos, me remitieron una suma de dinero. Reconociendo en estas unánimes instancias una manifestación de la voluntad de Dios, determiné encaminarme hacia Quito acompañado de unos pocos sacerdotes, y tomando una dirección completamente distinta de la que iban á seguir las tropas. Esto lo hicimos con el fin de quitar á nuestros eternos calumniadores el pretexto de exhibirme como participe en las operaciones militares. Pero dispuso la Providencia que se nos cerrara toda posibilidad de tomar la dirección proyectada, y así nos resolvimos á tomar la única vía que nos quedaba libre. Sin embargo, preocupados siempre de la idea de evitar toda interpretación malévolá, nos encaminamos solos, los sacerdotes y yo, pensando candorosamente que nadie se opondría á un Obispo y sus sacerdotes, los que en uso de su ple-

no derecho trataban de salvar su vida y de evitar un horrendo crimen á los revolucionarios.

Dios empero, había decretado que las cosas salieran de otra manera, confundiendo nuestros humanos cálculos para mayor ostentación de su poder y de su bondadosa protección sobre sus ministros y los defensores del sacerdocio, como también para eterna humillación de nuestros perseguidores. En efecto, habiendo llegado por la tarde del día de nuestra salida al pueblo de Calceta, en donde nos acogimos al convento de las Religiosas benedictinas, pronto vimos la casa rodeada de una turba de individuos armados y de funestos semblantes. Hice entrar al que se decía jefe y le pregunté por su intención. *Tengo orden*, me dijo, *de conducirlo preso al campamento general*. Y ¿quién le ha dado esta orden?, le pregunté. *El señor Ciro Dueñas*, me contestó. Y ¿quién le ha dado autoridad á Ciro Dueñas para apresar á su Obispo? *Eloy Alfaro*, fué la contestación. Y si Eloy Alfaro le diera la orden de faltar á su madre, le dije le obedecería Ud.? *Por supuesto que nó*, me dijo el desgraciado joven. Pues bien, continué yo, más que una madre es para Ud. su Obispo y Pastor ¿no sabe Ud. que su Ciro Dueñas, Ud. y sus compañeros han incurrido en excomunión por este atentado sacrílego? A todo esto me contestó el infeliz; *no puedo decir otra cosa sino que tengo orden de conducirlo preso*. Aterrado sin duda por las observaciones que le hice, y conmovido por las protestas de mis sacerdotes que unánimemente le dijeron que, para prender á su Obispo, tendría que pasar por encima de sus cadáveres, se retiró diciendo que iba á pedir nuevas instrucciones.

Toda aquella inolvidable noche la pasamos sin dormir, y oyendo las horribles amenazas de los radicales que decían á cada momento que iban á derribar las puertas de la casa para acuchillarnos á todos. ¿Por qué no lo hicieron así? ¿cómo pude librarme de las manos de esos tigres? Dios intervino del modo más palpable; si, preciso es confesarlo para la gloria del Señor.

No pudo resistir su Bondad á las súplicas, angustias y lágrimas de aquellas piadosas Religiosas; éstas, oyendo las amenazas de los radicales, unas veces recorrían su casa, buscando como ocultarnos; otras veces se postraban al pié del altar clamando en voz alta y con los brazos extendidos en cruz, que su divino Esposo no permitiera el asesinato de sus ministros, y al fin, ellas resolvieron sacrificarse primero, poniéndose en la estrecha grada que conducía á la capilla, para que los verdugos tuviesen que matarlas antes de llegar á los sacerdotes!

Al amanecer el día, los jefes de las partidas revolucionarias que durante la noche habían acudido á Calceta, sabiendo que la fuerza armada avanzaba y les iba á dar alcance, consintieron en que yo fuera á tratar con el comandante del batallón constitucional, para evitar el inminente combate y salvar á los rebeldes de un descalabro inevitable. Llegado á la presencia del comandante de la tropa leal, hice, en efecto, todos los esfuerzos posibles para inducirlo á un acomodamiento que, á mi modo de ver, dejaba ilesa su conciencia y honra de militar. Todo fué inútil. A la observación de mis compañeros, que se trataba de salvar la vida á un Obispo y á sus sacerdotes, contestó el leal soldado: "Si ellos matan al Sr. Obispo y á los sacerdotes, tendrán la responsabilidad, pero en este caso no dejaré casa en Calceta. Nosotros no haremos mal á nadie, pasaremos á Quito como es nuestro derecho. Además, yo no trato con esos rebeldes que no proceden de buena fe, y sólo quieren ganar tiempo para perdernos."

Con esto el valiente y noble militar dió orden á su fuerza de ocupar la población. El combate sangriento que se trabó en seguida terminó con la completa victoria del ejército leal, el cual, no sin razón, atribuyó á la circunstancia de ser aquel día de fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, y de haber acudido en defensa de los sacerdotes de Jesucristo, la felicidad de no haber sufrido ni una sola pérdida, ni recibido los soldados la más leve herida, mientras cincuenta rebeldes, muertos en el combate habían ido á dar cuenta de sus horribles sacrilegios ante el tribunal de Dios, quizá sin haber tenido tiempo de arrepentirse de su pecado.

Entretanto habían pasado en la capilla de las Religiosas benedictinas unas escenas que recuerdan los horrores de la revolución de 1793. Arrodillados estaban ahí los sacerdotes y las Religiosas al pie del altar, cuando los liberales, después de haber derribado á culatazos las puertas del convento, se arrojaron contra el grupo indefenso de los ministros de Dios.

Al ver á esas fieras, las Religiosas, sobreponiéndose á la natural debilidad y timidez de su sexo, se adelantaron pidiendo con lágrimas que no ofendiesen á los sacerdotes, los que silenciosos y resignados aguardaban la muerte. Pero, viendo que nada podía ablandar á esos corazones endurecidos por la impiedad, y que ya comenzaban á llover los golpes de machetes y rifles contra los sacerdotes, las monjas valerosamente se interpusieron entre los verdugos y sus víctimas. Interceptando con sus delicadas manos los golpes, los desviaban y los recibían en su propio cuerpo, cuando uno de los asaltantes

alcanza á descargar un golpe con el cañón de su rifle en la cabeza del joven Eduardo Dekiert.

La sangre de la ancha herida salpica á las Religiosas y riega el pavimento del Santuario, el joven vacila y va á caer, cuando el sacerdote Reinhardo Herbrand, sucompañero, le recibe en sus brazos y le sostiene. En este momento se apodera uno de los asesinos del sacerdote y blande su puñal para traspasarlo. "¡Por Jesucristo!" ¡no mates á este sacerdote exclamó la heroica Madre Genovefa y detuvo el brazo del sacrilego. ¡Muera Cristo!, gritó el bárbaro y en seguida, para perpetrar más cómodamente sus atentados, arrojaron á los sacerdotes por las gradas del convento y los sacaron á la calle.

Pronto resonaron sus descargas contra las víctimas, los más se estendieron en la tierra y las balas les pasaron por encima; pero el Padre Angel cayó traspasado el costado de un balazo. Mientras los habían llevado á la muerte, el sacerdote Herbrand dijo al hombre que lo conducía: Pero ¿qué mal le he hecho á Ud. por qué me quieres matar, cuando ni siquiera me conoces?

No le conozco, le contestó aquel, pero Ud. es sacerdote y esto me basta! Los radicales no tuvieron tiempo para acabar con su obra de sangre, porque los soldados ya habían triunfado y acudían en defensa de sus sacerdotes al grito de ¡Viva la Religión! Y estos cristianos valientes, aun ennegresidos por el humo de la pólvora, lloraron como niños al ver al venerable Religioso tendido en tierra y bañado en sangre; el comandante Alvarez lloró como sus soldados al contemplar esta conmovedora escena.

Los radicales entretanto, después de haber invadido el convento, robaron todos los efectos de las pobres monjas, ¡inclusos sus hábitos y su ropa; en la capilla hicieron rodar el tabernáculo por el suelo, y despedazaron con sus machetes el Santo Cristo!

Tal fué, el sacrilegio de Calceta, referido en pocas palabras y pasando en silencio muchas circunstancias conmovedoras. ¿Quién comprende y explica como unos hombres que á fuer de liberales hablan á boca llena de humanidad, cultura y dulzura evangélica, puedan llegar á tales excesos de crueldad? ¿Cómo no respetaron siquiera la presencia de esas venerandas Religiosas? ¿cómo no se enternecieron á su vista? ¡Ah, sólo el demonio puede degradar tanto al hombre y despojarle de su bondad natural! Y, que realmente el espíritu infernal haya impelido é inducido á esos desgraciados emisarios del masonismo, á más de su crueldad, lo prueba el hecho de que, poco después, tres de esos sacrilegos se suicidaron como para seguir el ejemplo de Judas que en su desesperación se ahorcó.

Varios de ellos murieron en aquella misma tarde, según nos lo refirieron los mismos habitantes de Calceta, que con razón reconocieron en esas desgraciadas muertes el castigo de los sacrilegios cometidos.

Es sin duda para hacer olvidar los hechos referidos y sepultarlos en el silencio, que la prensa liberal

jamás los ha mencionado siquiera; antes, trocando maliciosamente los papeles, los masones han inventado los cuentos más horrendos respecto del Obispo y de sus sacerdotes. Según esas patrañas, el Obispo en persona habría dirigido la acción militar y los combates ulteriores, llevando en una mano el puñal, en la otra la tea incendiaria. Todo esto lo han repetido los múltiples órganos de la innoble prensa liberal, sin caer en cuenta de la humillación que arrojan sobre los suyos, que habrían sido derrotados en todos los combates por unos pobres sacerdotes que nada entendían en el arte de la guerra.

Mientras se combatía en los alrededores de Calceta, nos ocupamos, yo y mis compañeros, en implorar la misericordia de Dios. Conmigo estaba el capellán de la tropa, dos sacerdotes más y un joven manabita; todos hicimos oración en un bosque inmediato que nos ofrecía alguna seguridad contra las balas que caían cerca de nosotros.

Sabido es que nuestros perseguidores me han exhibido como quien dirigía la batalla, andando á la cabeza del ejército, *con la tea incendiaria en una mano y el rifle ó puñal en la otra!*

¡A esos pérfidos calumniadores los cito y emplazo ante el Tribunal de Dios! Por ellos habla aquella bestia apocalíptica, cuya boca desvergonzada sólo Dios puede cerrar, pues esos hombres no buscan la verdad sino la venganza y la mentira, para ocultar su propia deshonra, y satisfacer su despecho de que hayamos podido salvarnos de sus manos. Para confundirlos, basta oponerles las dos protestas de los vecinos más conspicuos de Calceta, los que indignados por las audaces calumnias de nuestros enemigos, las rechazaron en los términos más enérgicos; basta oponerles la acusación pública que posteriormente se hicieron dos radicales en la plaza de Calceta, denunciándose mutuamente como autores del incendio que devastó aquella población.

Digna y humana fué igualmente en aquella ocasión la conducta del comandante Alvarez y de los suyos; pues, apenas entrados en el pueblo, hicieron cesar los fuegos, para evitar nuevas desgracias. Cuando estalló el incendio, el comandante ofreció espontáneamente el auxilio de sus soldados para contenerlo y, sólo cuando conoció que podía temer durante aquel tumulto un nuevo ataque y sorpresa de parte del enemigo, ordenó que se continuara la marcha.

En cuanto á nosotros que ya habíamos experimentado lo que debíamos esperar, si hubiéramos continuado el viaje solos y sin defensa, no tuvimos otro recurso que confiarnos á la protección de los libertadores que Dios nos había enviado en el momento en que íbamos á ser sacrificados.

Aún ésto nos lo han censurado nuestros enemigos, como si la defensa del sacerdocio de Jesucristo no fuera la misión más noble de soldados cristianos. En cuanto á mí, no podía menos de recordar durante esas marchas por bosques y estrechos defiladeros el texto del Salmo 22 que repetía á menudo: "*El Señor me conduce y nada me faltará..... Él me dirige por los senderos de la justicia por su santo nombre. Pues, aun cuando caminaré en medio de las som-*

bras de la muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo. Tu cayado y tu báculo me sostienen."

Armas llevábamos, eso sí, las armas que honran al sacerdote y son más invencibles que rifles y espadas. Mientras nuestros cristianos soldados, ufanos con la gloria de defender á los sacerdotes de Dios, marchaban firmes ó rechazaban al enemigo, quien durante cinco días se obstinó todavía en impedir nuestra retirada y exterminarnos, nosotros los sacerdotes caminábamos siempre con el rosario en la mano y repitiendo las palabras del salmista: "*Levántese el Señor y sean disipados los enemigos.*" "*Señ confundidos luego los que buscan mi vida!*"

Y el Señor en su bondad nos oyó. Él turbó y confundió á los que nos perseguían; los radicales, aunque muy superiores en número á nuestros defensores, fueron siempre rechazados, cuando se atrevieron á atacarnos; muchos se extraviaron en aquellos bosques y volvieron cansados después de largas y penosas marchas, los últimos que nos aguardaban en una celada, huyeron precipitadamente cuando oyeron el toque de corneta que señaló la presencia del enemigo á nuestros soldados. Para dar una idea del valor noble é invicto que da al soldado el pensamiento de que pelea por su Religión, referiré dos hechos:

Al salir del pueblo de Chone para tomar la dirección de la montaña, acudió la venerable Madre Bernarda, Superiora de las Religiosas franciscanas y nos presentó unas pequeñas provisiones y algo de ropa, pues cuanto llevábamos se lo habían robado los radicales en Calceta. En este momento sonaron las descargas que los radicales nos hacían de ambos lados del río por donde debíamos atravesar. Al considerar ese contraste tan conmovedor entre una humilde Religiosa que nos ofrecía su caritativa ofrenda y nos alentaba ofreciéndonos las oraciones de sus hijas, y por otra parte, esos crueles rebeldes que disparaban contra su Obispo y sus sacerdotes, de quienes no habían recibido más que caridades y beneficios, no pude contenerme y prorrumpí en llanto.

Un oficial al verme llorar, me dijo estas palabras que jamás olvidaré: "No tenga miedo, Señor Obispo, yo y todos nosotros moriremos á su lado." No, lloro, le contesté por temor á la muerte, lloro por la ingratitud de este pueblo que así despide á su Obispo y á sus sacerdotes! *¡Jerusalén, Jerusalén! tú que matas á los profetas y tiras piedras contra los que te han sido enviados. ¡Oh Chone! ¿qué mal te hicimos para que nos quisieras quitar la vida?*

El otro caso es el siguiente: en otro encuentro que los radicales tuvieron con los nuestros, un oficial quedó herido, el único que lo fué en todos los combates. La herida, aunque no de gravedad, se envenenó por la falta de medicinas y por los sufrimientos de la marcha.

Cuando el oficial, al cabo de tres semanas de marcha se sintió morir, se preparó cristianamente y recibió devotamente los últimos sacramentos. Antes de expirar dijo estas palabras á sus compañeros de armas que tristes rodeaban su lecho: "Yo he sido un gran pecador, pero muero contento; esta bala ha sido mi salvación, porque muero por la Religión!"

Para completar el cuadro de los contrastes entre la fe cristiana y la caridad sacerdotal por un lado, y la crueldad radical por el de los rebeldes, me será permitido referir otros dos hechos significativos.

Al acudir los soldados á Calceta en defensa de sus sacerdotes, sorprendieron á un revolucionario que se había tardado cerca del punto en que yacía herido el Padre Angel. Los soldados, indignados por la cobarde crueldad de esos asesinos de indefensos eclesiásticos, iban á fusilar al infeliz revolucionario, pero el buen Padre les suplicó por la pasión de Jesucristo que perdonaran la vida al asesino, y los soldados le obedecieron sin réplica. Poco después vi yo mismo á un jefe revolucionario, culpable de muchos crímenes, entre ellos de un asesinato público cometido en el pueblo de Chone. Se tenía asido del Padre Gaspar, también misionero Capuchino, y le suplicaba en estos términos: "¡Padre no me [deje matar! El buen Padre le contestó: "No te apartes de mí, mientras estés conmigo no te matarán." Y el Religioso efectivamente le salvó la vida. (*)

Teniendo á la vista estas obras de la revolución liberal, mientras se preparaba para invadir el interior de la República, se presenta naturalmente la pregunta que nos hicimos arriba: ¿Cómo es que el pueblo ecuatoriano no se haya levantado unánimemente y en masa para defender su Religión y su gobierno legítimo contra los invasores que de palabra y por obra le anunciaban su resolución de dar muerte á Cristo su adorado Salvador?

¡Ah! Tan incomprensible é inexplicable fué la apática tranquilidad de muchos católicos en esos días decisivos, y en presencia de las nada equívocas manifestaciones de la masonería, como fué inexplicable la retirada de los defensores de la legitimidad ante las despreciables hordas revolucionarias. Retrocedían jefes y soldados, y todos se preguntaban ¿Por qué retrocedemos? ¡Ah! Israel había prevaricado, y el pueblo se desconcertó y huyó ante Nabucodonosor y sus babilonios.

Peccatum peccavit Jerusalem, propterea instabilis facta est. El pecado fué el pecado liberal de permitir que se blasfemara contra Dios y sus santos! El pecado

(*) Fué Dionisio Andrade: mal pagó la caridad del sacerdote, pues al año después fué á Canuto y armado y entre amenazas y blasfemias entró á la Iglesia en busca del Administrador Apostólico de la diócesis, para prenderlo y quizá para fines peores.

fué que muchos, muchísimos con su silencio y prudencia humana, con su temor del sacrificio dejaron de oponerse á la propaganda impía y á la seducción del pueblo!

Pero prosigamos en la enumeración de las obras masónicas.

Apenas instalados en la Capital, los sectarios quisieron dar una interpretación solemne á su *¡Muera Cristo!*

Cierta noche de funesta memoria, serían las ocho y media, las hordas traídas desde las selvas de Esmeraldas y de las riberas del Daule, se encaminaron en dirección á la residencia del Metropolitano de Quito, armados de puñales y machetes. El cabecilla había hecho retirar á tiempo la fuerza que á título de "Guardia de honor del Jefe Supremo" le rodeaba, para no tener que prestar auxilio á la víctima; las bocacalles y salidas á la plaza se habían ocupado con fuerza militar para impedir que el pueblo de Quito auxiliara á su Arzobispo.

Las puertas del palacio caen á los golpes de los asaltantes y estos penetran hasta la habitación del Prelado. A vista de esos demonios enfurecidos, el Arzobispo cae de rodillas y, bañado en lágrimas y asido de su cruz pectoral, les suplica que no consuman el horrendo crimen á que los habían enviado sus jefes, los que en aquella hora se regalaban en un banquete opíparo.

El Arzobispo, sólo y sin defensa, no se salvó sino á favor de la rapacidad de esa turba que se puso á saquear el palacio y robar cuanto encontró, dando así tiempo al Prelado para huir asilándose en la casa de un ministro diplomático extranjero.

¡Ah, el crimen queda consumado! La ofensa hecha al primer Pastor de la Iglesia ecuatoriana no puede ser borrada con protestas tardías, pero, si tan horrendo crimen no fuera suficiente para abrir los ojos á los más ciegos sobre la tolerancia y humanidad masónico-liberal, habría que desesperar del catolicismo ecuatoriano!

Cuando me represento esa turba frenética, corriendo por las calles de Quito para ultrajar en medio de esa piadosa ciudad al primero de los Ministros de Jesucristo, me parece ver correr en medio de ellos á los mismos demonios aguijoneándolos y azotándolos para que corran más ligero.

¡Ah! ¡Cómo se habrán estremecido allá en su fría tumba del Tejar y de San Diego los restos de esos viejos quiteños, tan renombrados por su fe y catolicismo y, cómo habrá retumbado los infiernos con sus aplausos de ahullidos y de rechinar de dientes, al saber que el querido hermano había consumado tan á su gusto la humillación del sacerdocio de Jesucristo!

Nada pierde de su carácter oficial ese atentado sacrilego, esa interpretación del "Muera Cristo" por el "Pésame singular" que el jefe y cabecilla de los demolidores de la Teocracia ofreció á su aterrada víctima, queriéndose lavar las manos al modo de Pilato.

Y ¿no hundió él también su puñal en el lacerado corazón del augusto Prelado, cuando ahí le dijo, que deploraba lo acontecido, pero que el clero era responsable? y ¿en qué consistía la culpa del clero? En haberse imprimido en la imprenta, llamada del clero, dos números de un periódico católico, redactado por dos seglares estimables, y esto en virtud de la libertad de imprenta tantas veces garantizada por el liberalismo. (*)

Parece que los tristes laureles que los liberales se ganaron en Quito contra los Ministros del Señor, excitaron la emulación de sus hermanos de Manabí. Cuando llegó á aquella provincia un telegrama oficial con la patraña de que el Obispo de Portoviejo había caído prisionero, tras un combate sangriento de doce horas, los radicales de Chone se armaron y se pusieron en camino para el pueblo de Canuto con el fin de prender al Rmo. Señor Administrador Apostólico de la Diócesis, Doctor Don Vicente Loor, tan conocido y tan estimado en aquellas comarcas. Felizmente, el Señor Loor fué avisado á tiempo y pudo fugar, y esos hombres impíos penetraron en el templo y, furiosos de no encontrar á quien buscaban, llenaron el Santuario con sus acostumbradas blasfemias, escandalizando á los fieles que estaban reunidos para la fiesta de la Sma. Trinidad.

Cuán implacable es el odio de esos desgraciados contra los Prelados de la Iglesia, se conoce por el pretexto que alegaron para expulsar á los misioneros Capuchinos del Ecuador. Les inculparon como acción criminal y digna de la pena del destierro, el haber acompañado en su viaje para Quito y para Colombia al Obispo de Portoviejo! Cedo aquí la palabra al Padre Agustín, misionero capuchino, quien publicó la relación de esa memorable hazaña liberal.

"El día 16 de marzo pasado se presenta en el convento de Ibarra el Sr. Comisario, entregándonos una nota del Sr. Franco, en la que se nos intimaba la des-

(*) Uno de los redactores del periódico en cuestión, el estimabilísimo Sr. Vivar acaba de ser asesinado por orden de aquel Franco que expulsó á los capuchinos. El titulado "General" mandó fusilar al escritor católico en una plaza de Quito; tal es la dulzura evangélica de esos redentores del pueblo.

ocupación del convento, en el término de seis horas y la salida de la República, *dando por motivo el haber acompañado á Colombia al Señor Schumacher.*

Como ninguno de la comunidad había tenido la honra de acompañar á ese dignísimo y por mil títulos respetabilísimo Prelado de la Iglesia, nos apresuramos á contestarle al Sr. Franco, el cual con toda frescura ó necedad contesta: "Cúmplase la orden." El Señor Obispo de Ibarra escribió al Sr. Franco, rogándole desistiese de tales propósitos, á lo que aquel contestó: "que sacaría á los Capuchinos, aunque para ello tuviese que ametrallar á la mitad de la población.

A pesar de tantas patrañas, embustes y calumnias inventadas por los suyos, contra las Ordenes religiosas, el señor Franco no pudo hallar otro pretexto para inferirnos tan grave ultraje que haber acompañado al Señor Obispo Schumacher; y esto con tan mala suerte que ni aún en eso supo decir verdad. Y, suponiendo acto criminal una acción la más caritativa, la más cristiana y la más honrosa, dió á entender que desconoce las leyes más elementales de religión, de derecho y de educación.

Como más tarde se manifestase que se sacaba á los Religiosos por ser extranjeros, un Padre ecuatoriano les manifestó que, supuesto era así, entonces él podría quedarse; á lo cual se le contestó: "También debe salir, porque á Ud. no se le saca por ser extranjero, sino por ser Capuchino."

En efecto, en altas horas de la noche, los Capuchinos fueron sacados de su convento y, sin consideración por los ancianos y los enfermos que en la comunidad había, los hicieron caminar á pié y entre una fuerte lluvia que estaba cayendo. En el paraje ardiente y malsano del río Chota los detuvieron durante tres días, mojados como estaban, como para hacerles tomar las tan temidas fiebres que ahí reinan.

Los Capuchinos del convento de Tulcán, sabida la expulsión de sus hermanos de Ibarra, aguardaban por momentos la misma suerte. En efecto, supieron por una comunicación confidencial que la orden estaba dada de arrojarlos de su convento. Se confirmó la sospecha de las hostilidades, cuando las autoridades radicales colocaron una escolta de soldados los que impedían el que ninguna persona se acercara. En esta situación salieron algunos religiosos y pasaron la fron-

tera. Los religiosos que habían quedado *recibieron la orden terminante de desocupar inmediatamente el convento.*

Los liberales, con su acostumbrada hipocresía, protestaron ante el pueblo de Tulcán, consternado por la expulsión de sus queridos religiosos, que no los habían expulsado. *De gana se fueron los Padres, dijeron entonces y siguen diciendo hasta ahora!*

Y, ya que los hijos de San Francisco han sufrido tantos vejámenes por el bien que me hicieron á mí y á mis sacerdotes, sea esta la ocasión de ofrecerles un tributo público de nuestra admiración y gratitud. Ellos no sólo nos acompañaron y nos alentaron con su ejemplo en todos los horrores y peligros que atravesamos desde Manabí hasta al Carchi, sino que también, después de habernos guiado como ángeles tutelares á un lugar de refugio, nos dieron la más cordial hospitalidad durante muchos meses, con aquella modesta alegría de que tienen el secreto los pobres hijos del Patriarca de Asís.

El Padre Angel tuvo la dicha de derramar su sangre allá en Manabí en testimonio de la fe que con tanto fervor había predicado á los Manabitas. El bondadoso Padre Gaspar, olvidándose constantemente de sus propios sufrimientos, fué el ángel que nos condujo por las selvas de Chone, siempre animado y animando á los sacerdotes, y á los militares en las penalidades del camino, y consolando á los prisioneros de guerra á quienes procuraba alimentos, y para quienes pedía á los jefes militares que se les pusiera en libertad y dejara volver á sus casas.

Un bien más precioso aún debo á los amados Capuchinos, y en haber aprendido en su compañía á conocer mejor la riqueza que se halla en la pobreza apostólica que ellos profesan y practican.

Ese inquebrantable valor, cuando se trata de sostener á la Iglesia y á sus Prelados, ese contento, esa alegría en medio de las privaciones, despojos y destierros, son frutos de aquella virtud propia de hombres apostólicos que nada poseen en esta tierra y nada ambicionan.

No tengo valor ni me siento con la misión de trazar el cuadro de sangre y lágrimas y de extragos de todo género que el masonismo liberal ha producido durante el primer año de su dominación en el Ecuador. Paso en silencio la suspensión de todas las obras públicas, el aumento de los impuestos y su inversión arbitraria en exclusivo provecho de los socios, la supresión de la Constitución y el carácter de leyes públicas dado á los decretos del Jefe Supremo, la sustitución de la voluntad de un solo hombre á la de la Nación, la destrucción de las imprentas independientes y el encarcelamiento de los publicistas católicos, la flagelación de los soldados sospechosos de renitencia, sangre que regó los empedrados de Quito, mientras llevaban á esos infelices al hospital, en donde murieron varios á consecuencia de la tortura, nada digo de las interminables confiscaciones de haciendas con sus enseres para saciar la venganza y codicia de los nuevos amos; todo ésto lo dirá mejor algún hijo del Ecuador para que se conozca la dulzura evangélica, el respeto al pueblo soberano, las libertades omnímodas del liberalismo redentor, y el carácter de esa libertad *encarnada* ó sea escrita con letras de sangre por el invicto y querido hermano. ¡Ah! razón tienen los masones de

exclamar en Chile: *¡Cuán distinto es ahora en el Ecuador, no era así mientras existía la Teocracia!*

Y ¿qué será cuando esos *invictos hermanos*, tengan por conveniente reunirse en conciliábulo ó “Convención” para dar á sus teorías la apariencia de leyes públicas? ¿Qué quedará de libertad religiosa? ¿Qué será de la enseñanza y de educación de la juventud ecuatoriana? Causa horror el fijar la mirada en ese negro horizonte. Preocupada con su misión de acabar con el reino de Dios, la facción masónica-liberal, no ha podido postergar su propósito de perder á la Nación ecuatoriana, expulsando los maestros cristianos que enseñaban la ley de Dios á los niños. Así fueron expulsados los dignos y abnegados sacerdotes franceses que dirigían con tanto provecho el Colegio Mercantil de Bahía, los que se retiraron acompañados del llanto de todo aquel pueblo, así los religiosos franceses de Tulcán. Los Hermanos Cristianos, á cuyas escuelas sólo en Quito concurrían mil doscientos niños, fueron arrojados de todos los establecimientos que dirigían en el Ecuador. ¿Quién se pondrá en su lugar?

¡Ah! un hecho altamente significativo indica de qué manera el masonismo piensa pervertir á los hijos del Ecuador.

De los que, ahora veinte años perpetraron el crimen de asesinar al primer Magistrado del Ecuador, al ínclito García Moreno, existían dos sobrevivientes; pues, la logia ha ido á buscarlos y, á esos asesinos manchados con la sangre de tan insigne víctima, los ha colocado en Ibarra y en Portoviejo al frente de los Colegios nacionales, sin duda con el fin de premiar los servicios que prestaron á la causa masónica, y para que formen generaciones que imiten el ejemplo de tales maestros! Lo que no comprendo es que haya católicos en el Ecuador que entreguen sus pobres hijos á esos hombres, y los honren con su amistad y confianza!

He nombrado á García Moreno, porque su nombre es inseparable de la causa católica y de la grandeza y prosperidad del Ecuador.

No se me oculta que, al mentar este nombre en medio de los hijos de Colombia, habrá quienes no le tributen su admiración, sin poner una reserva, porque en dos ocasiones movió guerra contra su patria. Solo Dios es perfecto en todas sus obras; hombre fué García Moreno, y como tal él mismo no pretendió ser exento de yerros, pues pidió, y con lágrimas, á los Representantes de su Nación que le perdonaran sus faltas. Formen, por tanto los Colombianos sobre aquellos sucesos el juicio que les dicte su amor patrio y la justicia, pero en una cosa convendrán conmigo

García Moreno quiso siempre comunicar al Ecuador á manos llenas los beneficios de la civilización

cristiana. Y que haya conseguido este noble propósito, lo prueban los años de indiscutible prosperidad en todo sentido que proporcionó á su patria con su incomparable actividad y talento.

García Moreno encontró á su país arruinado por medio siglo de gobiernos liberales y reducido al estado de cadáver, según su gráfica expresión, y, al morir, lo dejó libre, próspero y dotado de todos los elementos de progreso. Y ¿cuál fué el resorte de esa poderosa y feliz transformación? El mismo va á decírnoslo en el último mensaje que dirigió á los Representantes de su Nación; he aquí sus palabras ó más bien su Testamento: “*No perdáis jamás de vista ¡Legisladores!, que todos nuestros pequeños adelantos serían efímeros, si no hubiéramos fundado el orden social de nuestra República sobre la roca siempre combatida y siempre vencedora de la Iglesia Católica!*”

Estas palabras debieran estar grabadas con letras de oro en el pedestal de la estatua del que fué el Hijo más insigne del Ecuador, allá en la plaza de la Catedral de Quito, frente al templo y frente á la casa de Gobierno.

Pero esta estatua de García Moreno ¿en dónde existe? ¡Ah! triste, doloroso y humillante es decirlo, el extranjero que visita la Capital del Ecuador y pisa con emoción las gradas que subió García Moreno pocos instantes antes de su martirio y contempla horrorizado el lugar donde agonizó, traspasado por el puñal de los masones, no halla ahí ni siquiera una placa conmemorativa del héroe y de su sacrificio, sus ojos buscan en esa plaza la estatua y el nombre del héroe y no encuentra nada!! (*)

¿Será este descuido de los ecuatorianos en honrar la memoria de su más insigne bienhechor, quien por ellos y por su Dios sacrificó su vida, será acaso el termómetro de su indiferencia por el mismo principio de su grandeza? ¡Ah! ¡No lo permita Dios! Entre tanto ¿cuán distinto es el cuidado de masones y liberales para honrar á los suyos, aún á las más insignificantes nulidades! Mientras el Ecuador no ha alzado ninguna estatua á su verdadero libertador, los liberales han tenido la impertinencia de quitar de sus pedestales á los mismos Santos de la Iglesia, para colocar en ellos á sus héroes.

(*) Un distinguido caballero inglés me hizo esta observación.

En efecto, los liberales, sin respeto por los venerandos recuerdos y las tradiciones católicas del pueblo de Quito, borraron de las calles y plazas públicas los nombres de los santos tutelares de la ciudad, para ponerles los de su curioso *martirologio*: pensando sin duda que así lo exigía el *progreso*!

No faltará quizá quien me tache de minucioso ó de *intransigente* en este punto; pues, que reserve el calificativo de *intransigente* para el liberalismo, cuando éste no ha podido transigir ni con los santos, llevado como es en todo por su fanatismo de laicizar y des-cristianizar todo: para este bando nada es minucioso, con tal de que alguna manera sirva para hacernos olvidar á Dios y los beneficios de la divina Redención.

Es tradición que en la plaza de San Francisco de Quito se sembró el primer trigo que, según refiere Alejandro de Humbold, trajo desde Alemania un religioso franciscano, en un cántaro que todavía vió en aquel convento el célebre explorador alemán; siquiera por ésto debían haber dejado en su puesto al Patriarca de Asis. Pero, tal es el fanatismo de la secta; hasta en Jipijapa existe una calle que ostenta una tabla con el rótulo: *¡Calle de Juan Montalvo!* Con ésto volvamos á García Moreno:

Que masones y radicales titulen á García Moreno “tirano manchado de sangre,” esto se explica, pues ¿cómo habían de perdonarle esos sempiternos enemigos de la paz pública el bien que hizo á su patria, cuando cortó con su espada justiciera las cabezas de la hidra revolucionaria que se tragaba los hijos de ese pueblo infeliz, que paga siempre las egoístas ambiciones de banduleros liberales y de sus *Generales y Jefes Supremos*?

Jamás perdonarán estos á García Moreno la gloria del triunfo de Jambeli, en donde deshizo sus perversos designios, cumpliendo con una hazaña que apenas tendrá igual en los fastos de la América latina. Todo en aquel triunfo fué grande y digno de admiración de parte de García Moreno; de parte de sus adversarios todo fué humillación y vergüenza. Noble fué, ante todo, el fin por el cual el héroe católico empuñó la espada, que fué rechazar una gavilla de conspiradores de diversos países que venían para arruinar la naciente prosperidad del Ecuador; noble fué la conducta de García Moreno, pues expuso su persona para salvar á la patria, mientras los jefes rebeldes se pusieron en salvo y abandonaron á sus ilusos mercenarios en el momento del peligro; sobre todo elogio fueron la energía y la rapidez con que García Moreno cayó sobre los invasores, con una fuerza muy desigual por el número de sus valientes, y por la carencia de naves para medirse con la armada de los rebeldes: Un solo vapor

mercantil y una pequeña falúa contra cinco vapores de guerra que traían los invasores.

Y, si en aquella ocasión García Moreno midió á los rebeldes con la misma vara que ellos acababan de aplicar á los defensores de la justicia, de considerar que ellos habían asesinado alevosamente á los soldados ecuatorianos, que formaban la tripulación del único buque nacional de guerra estacionado en el puerto de Guayaquil. Fué esto de parte de García Moreno un acto de justicia á que le obligó la necesidad de salvar á la patria, mientras los invasores, que mataron sin razón ni justicia á los soldados leales, son los verdaderos tiranos manchados de sangre inocente. (*)

Que otros censuran á García Moreno, porque, en medio de los interminables trastornos que los enemigos de la paz provocaron durante el primer período de su administración, salvó al pueblo ecuatoriano, á pesar de una Constitución que los liberales habían fabricado expresamente para atarle las manos y favorecer á los revolucionarios; esto también se explica por aquella teoría liberal que no reconoce ninguna ley superior á esas Constituciones que formula á su gusto y conveniencia, borrándolas cuando place con un simple decreto emanado de la usurpada autoridad de algún “*Jefe Supremo.*”

NOTA: La Constitución que García Moreno encontró en el Ecuador al encargarse por vez primera de la Presidencia, prohibía castigar cualquier conato de revolución, cuando no se había realizado. Sólo, cuando la revuelta se había efectuado, era permitido roprimirla. Esos sabios legisladores permitían apagar el incendio, pero á condición de que casa la estuviera quemada!!!

¡Cuán distintos son los procedimientos de los radicales! Estos fusilan, confiscan y expulsan sin compasión ni remordimientos, y si alguien se atreve á reclamar por la imprenta, fusilan al imprudente reclamador y destruyen tipos y máquinas!

Acabamos de ver como y porqué masones y radicales odian con odio implacable á García Moreno; vamos á ver, si ha hallado gracia á los ojos de las otras

(*) García Moreno, á instancias de un sacerdote, había perdonado la vida á uno de los jefes rebeldes, tomado con las armas en la mano, cuando notó que el individuo llevaba el uniforme ensangrentado del comandante de la tripulación del vapor nacional á quien los facciosos habían apuñalado; dijo entonces: “No hay indulto para asesinios;” y ordenó que se le aplicara le pena decretada por el código militar.

secciones y fracciones del liberalismo manso contemporizador y moderado?

La persona de García Moreno, bajo cualquier aspecto que se la considere, ora en la vida privada, ora en su carrera de magistrado público, ofrece los más preciosos ejemplos de virtudes cristianas, las que únicamente constituyen la verdadera grandeza del hombre.

Considerándole en su vida privada, hallamos no meramente algunos hechos notables, ni virtudes aisladas, sino un desarrollo y progreso constante, así de sus talentos naturales como de su espíritu religioso, y todo esto por la influencia de las máximas de la fe cristiana, y con los auxilios de la gracia. En su juventud fué el modelo de sus coetáneos por su moralidad intachable, su aplicación extraordinaria al estudio de las ciencias y su energía en el cumplimiento de sus deberes. Más tarde fué el modelo de un esposo cristiano y de un padre de familia cumplido. En medio de sus innumerables atenciones públicas, no dejó de mirar como su obligación más importante trabajar en la salvación y perfección de su alma; buscaba y reconocía con cristiana humildad los defectos de su carácter, procurando reformarlos con la oración y la penitencia. Esto con tan notable provecho, que los que tuvieron la dicha de conocer á García Moreno de cerca, sobre todo en los últimos años de su vida, lo vieron perfeccionarse, transformarse con la adquisición de virtudes propiamente heroicas.

Hablando de la vida pública de García Moreno, no haré más que señalar algunos contrastes que lo elevan infinitamente sobre los pretendidos héroes del masonismo.

García Moreno, cuando fué Presidente del Ecuador por vez primera, comenzó por reducir la renta que le asignaba la ley, la rebajó de 18.000 S/. á 12.000! Cuando la masonería instaló á su Alfaro en el usurpado solio, reclamó inmediatamente para él la ingente suma de 30.000 S/.; es decir casi tres veces más que García Moreno!

Sin duda, los demás hermanos se harán pagar sus servicios en la misma proporción *progresiva*, pues la logia ha vaticinado que con el triunfo del invicto hermano han llegado días prósperos y felices para la Orden! El pueblo soberano lo pagará todo!

García Moreno pagaba con escrupulosa exactitud su respectiva renta á todos los empleados públicos; satisfizo no sólo los intereses vencidos de la deuda nacional, sino que pagó y extinguió la misma deuda casi en su totalidad, librando á su país de un gravamen oneroso, y restableciendo el crédito público del Ecuador en Europa. Todo ésto lo hizo, sin interrumpir las numerosas y costosas obras públicas que había emprendido.

Preguntado por el secreto de esta tan prodigiosa multiplicación de los recursos nacionales, contestó el grande hombre con su característica franqueza: “*¡Es que yo ni robo ni permito robar!*” (*) El je fe de la facción masónica, apenas instalado en Quito, decretó la suspensión del pago de los intereses de la deuda nacional, declarando así la República en estado de quiebra y arruinando su crédito exterior; ordenó también que los diversos fondos, destinados á obras públicas, ingresaran en el tesoro general, del cual sólo los hermanos de la “Orden” tienen la llave, sin que el catecismo cristiano que han abolido con la Teocracia, les impida decir: *Yo robo y permito robar!*

García Moreno formó una magistratura honrada, digna y bien disciplinada, él puso fin á los métodos rutinarios y dispendiosos que entorpecían la marcha de la administración, organizó el tribunal de cuentas para ejercer una vigilancia minuciosa sobre la inversión de los dineros públicos; formó un ejército pequeño, pero moral y bien disciplinado, como convenía á la República. La masonería ha venido trayendo esa multitud de *generales y coroneles* improvisados que el pobre pueblo deberá mantener. En cuanto á la magistratura en el nuevo orden de cosas, basta fijarse en el hecho de que todos los ciudadanos que en algo estiman su dignidad personal, se han retirado, como acaba de suceder en la capital, después del asesinato del señor Vivar, ejecutado por orden del jefe militar de Quito.

García Moreno juzgaba que, en su carácter de primer Magistrado de una nación católica, debía dar á sus conciudadanos el ejemplo de la sumisión á los mandatos de la Iglesia, y el respeto al culto católico. No es posible recordar sin sentirse penetrado de profunda edificación, el espectáculo que aquel fervoroso cristiano ofrecía en el templo á la multitud de los fieles con su continente grave y religioso durante los oficios divinos, en medio de los representantes del gobierno y de la fuerza armada, teniendo consigo á su tierno hijo, para enseñarle como se debe adorar á Dios.

Y ¿cuándo hubiera tolerado García Moreno esas publicaciones escandalosas é injuriosas á la Divinidad? Toda esa turba de literatos á la Voltaire que ahora pululan, se ocultaban entonces como aves nocturnas, murciélagos y venenosos insectos que no salen sino después de puesto el sol. El sol se ha puesto, y el Oriente masónico se ha subido al horizonte del Ecuador, ya es de noche, es la hora de las potestades tenebrosas; la impiedad anda audaz y desvergonzada; la asistencia de los agentes de la masonería en los oficios

(*) Cierta día, una persona amiga de García Moreno, le había aconsejado que diera un banquete diplomático, y al efecto le entregó la suma de 500 S. Contento se fué aquel al hospital de Quito: ahí ordenó que se diera una comida extraordinaria á los pobres enfermos, pagando el gasto con aquellos 500 S.

divinos es un escándalo, que ofende y aflige al pueblo creyente.

Es verdad que ya en la época del progresismo las asistencias oficiales á las solemnidades religiosas dejaban mucho que desear. Las procesiones de la fiesta "Corpus" habían llegado á ser un escándalo, en vez de edificar al pueblo. En muchos balcones de las casas del tránsito exhibían damas elegantes sus afeites y trajes lujosos, mientras los del cortejo oficial se distinguían únicamente por su disipación, parlando y lanzando miradas impertinentes á aquellas indevotas, con grave ofensa del Dios sacramentado.

Tan cierto es todo esto, que algunos eclesiásticos opinaban entonces mismo que, en tales circunstancias, hubiera sido preferible para los intereses religiosos suprimir toda la ceremonia, ya que no era en honra de Dios, sino más bien en daño de la fe.

Una sola mirada cantellante de García Moreno ¿qué digo? su sola presencia hubiera bastado para remediar esos desórdenes. (*) Pero, si se quiere ver en esas exhibiciones oficiales del progresismo el propio carácter ó valor moral y religioso de todo el sistema, no hay inconveniente; fué un oropel sin valor que cubría tumores y podredumbre. Ahora bien:

Ha habido quienes censuren á García Moreno de que no hubiera formado escuela de hombres políticos que pudieran continuar su obra. Pero ¿no son por ventura sus virtudes, sus ejemplos y obras un libro abierto para todos? Una cátedra de enseñanza, desde la cual habla á sus compatriotas aún después de su muerte, para mostrarles como se debe encaminar á una nación cristiana al verdadero progreso?

Y ¿por qué no existe hasta ahora en el Ecuador una biografía de García Moreno, que sirva de texto en las escuelas nacionales, para que la juventud ecuatoriana conozca é imite sus virtudes? Existen biografías de este héroe católico, pero escritas en lenguas extranjeras y por autores extranjeros; en el Ecuador no se ha escrito ninguna. En los colegios católicos de Francia, Alemania y Estados Unidos se representan las escenas de la muerte de García Moreno, celebrán-

(*) Recuerdo como García Moreno, estando en la catedral de Quito y, viendo que un capitán de la tropa estaba parlando y riendo, le dictó inmediatamente pena de prisión de tres días.

dolo como mártir del Catolicismo; en las escuelas del Ecuador no se vé siquiera su retrato!

Mucho mejor entienden los masones su negocio de perversión. ¡Así es, por ejemplo, que en Guayaquil, han publicado ediciones baratas y populares de las sátiras más picantes de Montalvo, y las están propagando entre el pueblo, para pervertirlo más y más con esas lecturas malsanas!

Ya que hablamos de Juan Montalvo, sea esta la ocasión de poner en mayor evidencia la deplorable connivencia que los contemporizadores han tenido con el bando de la impiedad, cuando á ese diminuto Voltaire de Ambato han decernido el título de *gloria nacional del Ecuador*. Sí, los mismos que titulan á García Moreno tirano, y saludan el día de su muerte como la aurora de la libertad ecuatoriana, nos dicen de Juan Montalvo que, si bien los eclesiásticos tienen porqué quejarse de él, esto no es un inconveniente para que ellos, es decir los del *Progreso*, lo miren como una gloria nacional.

Desde luego se les podría preguntar á esos tales ¿si son católicos ó nó? Si no lo son ¿por qué se confiesan y comulgan entonces?—Si lo son ó quieren serlo ¿cómo ignoran que la honra de la Iglesia católica no puede ser para ellos cosa indiferente? que no sólo los sacerdotes, sino todos los católicos sinceros deben defenderla contra los que, como Juan Montalvo, han trabajado en oscurecerla con sus escritos difamatorios?

Pero éste es precisamente uno de los signos característicos de esos liberales *mansos*, querer quedar bien con los enemigos más declarados de la Religión, sin chocar directamente con los defensores de ella. Con el sombrero en la mano saludan para ambos lados al divino Redentor, cubierto por Herodes de una camisa de burla, dirigen una mirada que dice algo como: *lo deploro en el alma, siento mucho su situación*. y, luego, se vuelven hacia Herodes y compañía para hacerles protestas de simpática adhesión!

Pero, vamos á la cuestión de la “¡gloria nacional!” ¿Lo será de veras un Juan Montalvo? Un hombre sin carrera, *¿sin oficio ni beneficio*, un mal casado que dejó á su infeliz mujer abandonada para vivir en la holgazanería y á expensas ajenas? ¿Un mal amigo y vecino que se hacía insoportable con sus impertinencias en las casas en que se metía, exigiendo siempre lo mejor y siempre descontento con lo que le daban, difamando y satirizando en seguida á sus bienhechores? (*)

(*) Para quien tuviera genio y tiempo, sería un tema fecundo y curioso escribir las mil aventuras de Montalvo en las casas que le daban alojamiento y comida; y bien mereciera ser conocido por este lado un hombre, que no se ha avergonzado de tomar por tema de sus sátiras la vida íntima de Pío IX, del Nuncio Apostó-

¿Será una gloria para su país un Montalvo que empleó su estéril y malograda existencia en insultar todo lo grande, lo noble y lo sagrado? ¿Un infatuado pedante; cuya lectura es cansada hasta no más, cuando presume escribir filosofía ó probar que él y él solo es el escritor *de monta*, el Hércules litetario de la América española, como lo hace en sus pesados "Tratados?" ¿Será Montalvo digno de admiración, porque sabe ser mordaz y picante, sólo y únicamente, cuando hunde su pluma en la hiel de su dañado corazón para trazar cuadros satíricos cargados con los colores de una estudiada y bien combinada maledicencia? (*)

Dénle á semejante literato sus encomios los enemigos de la literatura sana y de las bellezas verdaderas del arte de escribir que son inseparables de la verdad y que piden nobleza de carácter en el autor. Mas, si algún católico se viere tentado de reírse con los innobles sarcasmos de Montalvo y de suscribir los encomios que le da la prensa liberal, no ovide que la Iglesia ha anatematizado esos libelos y que ésto debe ser razón suficiente para que nunca le consideren como gloria de una nación católica.

¿Con mi pluma lo maté!, exclamó el infatuado y jactancioso libelista ambateño, cuando supo que García Moreno había alcanzado el deseo más vehemente de su grande alma, el de morir por la Religión de su divino Redentor. Pero ¡oh justos juicios de Dios! A Montalvo lo mató, pocos años después, su propia lengua maldiciente, pues es fama que fué devorado de cáncer incurable que comenzó por esa boca que había sido instrumento de tanta calumnia. Pues, ambos ya han desaparecido del teatro de este mundo. Montalvo, cargado con el anatema del Vicario de Dios, García Moreno, honrado y bendecido por Pío IX quien lo proclamó mártir de la Religión. ¿Cuál de los dos, pues, ha de ser una gloria nacional para los ecuatorianos? La respuesta á esta pregunta no puede ser dudosa para un católico sincero.

Mártir de la Religión fué García Moreno! ¿Cómo alcanzó este triunfo y por qué lo inmoló la satánica secta del masonismo? Ah! Cuanto he dicho de las virtudes privadas y públicas de García Moreno, todo pa-

lico de Quito, de Prelados, sacerdotes y religiosos. Ahí se le vería, unas veces, volcando el plato y derramando el dulce sobre el mantel, porque era de raspadura y no de almíbar, otras veces refunfuñando, porque no le dieron el salón alfombrado que era necesario para la señora de la casa que estaba próxima á su alumbramiento. Ó también, porque le dieron de cabalgadura para salir á pasear con la familia, una *yegua mansa* y de buen paso. No faltaría tampoco un cuadro serio, el de cierto caballero de Quito, que tomó un garrote para azotar á esa *gloria nacional* en la calle pública, y hacerle pagar un libelo difamatorio con que Montalvo había correspondido á las limosnas que dicho caballero le había hecho. Y esta gloria de la bastonada es un rasgo más que Montalvo tiene común con el gran satírico Voltaire, que en más de una ocasión recibió azotes por orden de las personas que había ridiculizado.

(*) No puedo resistir el deseo de citar un ejemplo de la manera como Montalvo forjaba sus cuenta satíricos. Tres pobres capuchinos, el Padre Melchor y dos compañeros, habían ido en romería á la Virgen de las Lajas. Caminando á pie, y pasando por Ipiales, fueron convidados por un amigo á tomar un refresco que consistió en un poco de *agua de panela*, bebida de pobres. Pues los modestos religiosos, tanto para evitar gastos á la persona que los había convidado, como para no alejarse de su pobreza característica, rehuzaron todo otro alimento. Casualmente lo supo Montalvo, pues se había hospedado en la misma casa, y he aquí que forja su con sabido cuento de los tres capuchinos que engullen un abundante almuerzo con plátanos maduros y grandes tazas de sabroso chocolate de postres.

lidece ante los títulos que le merecieron el odio de la masonería y la sentencia de muerte pronunciada allá en las nocturnas sesiones de la sinagoga de Satanás. Los masones lo inmolaron porque fué el apóstol del Ecuador, el restaurador del sacerdocio, el renovador de la santidad monástica, el fundador y ardiente propagador de las obras de esa dulce caridad cristiana, propia de las vírgenes sagradas que son flor y gloria del Catolicismo. (*)

Mas ¿qué podré decir en esta materia para corresponder á lo que siento? Sólo en la eternidad se podrá comprender el mérito que tiene García Moreno ante Dios, por haber procurado á la Iglesia de su patria un sacerdocio santo, un sacerdocio que honrara á Jesús en el altar, y santificara al pueblo con la predicación y el ejemplo. A la luz de su fe ardiente, García Moreno comprendió y sintió profundamente la humillación que el liberalismo había causado á la Iglesia por haberla esclavizada y privado de la libertad que por derecho divino le pertenecía, y que le es tan necesario.

Y penetrado del deseo de restituírle esta libertad para que pudiera levantarse de su postración, se apresuró á romper sus cadenas, tan luego como hubo triunfado de los opresores. Así mismo, y siempre con el mismo ardor por la gloria y dignidad del sacerdocio, ayudó á los Obispos en el establecimiento de seminarios, secundó á los Prelados de las órdenes religiosas en la restauración de la disciplina y perfección religiosa, y dotó á su país de tantos institutos consagrados á la educación y á la beneficencia cristiana.

Un clero digno, instruído y fervoroso, párrocos celosos para los pueblos, misioneros apostólicos, religiosas y hermanas de caridad, consagradas unas á la oración, otras á derramar el bálsamo en las llagas de la mísera humanidad, y en todo el ámbito de la República ecuatoriana una atmósfera de religiosidad en la cual iban floreciendo visiblemente todas las virtudes cristianas que á su vez son fuentes de paz y ventura, tales fueron los frutos de la política de García Moreno.

Al fin, nuestro magistrado católico coronó su obra consagrando su patria al Verbo humanado, la entregó á su divino Corazón que es manantial único y peren-

(*) García Moreno, visitando un día el hospital de Bodegas, vió que los enfermos estaban acostados en el suelo por falta de catres. Volviéndose entonces á la superiora de las hijas de la Caridad, le dijo: no es permitido que estén así los hermanos de Jesucristo, y ordenó inmediatamente que se les procurara catres.

ne de todos los bienes y de todas las felicidades. Para dar una prueba más palpable de su inquebrantable fe en el divino Redentor, cargó con la cruz de Jesucristo y llevándola en sus propios hombros por las calles de la capital de la República, enseñó para siempre á los suyos que el unigénito Hijo de Dios es la única esperanza de los pueblos.

Pues ahí está la verdadera razón porque la masonería decretó la muerte de García Moreno. (*) Mientras el pueblo ecuatoriano descansaba á la sombra de la paz y progresaba visiblemente en todo sentido, los sectarios se acogieron á sus antros tenebrosos y designaron los asesinos que debía ejecutar sus abominables proyectos.

Dios, empero, que al permitir las obras criminales de los impíos, las hace servir finalmente á su gloria y á la de sus siervos, ha concedido al intigable defensor de su Iglesia la única recompensa que anhelaba, la de sellar con su sangre la fe que profesaba, y esta recompensa no se la podrá arrebatarse la impiedad.

Quizá mis lectores extrañarán de que en esta reducida publicación me haya detenido tanto en la persona de García Moreno. ¡Ah! Este hombre extraordinario no es una individualidad cuya misión haya terminado con su existencia; Dios lo había dado al Ecuador para mostrar á este pueblo el camino que constantemente debiera seguir. *Defunctus adhuc loquitur; aunque muerto habla y enseña.*

García Moreno, en la política y fuera de ella, hizo profesión de un catolicismo puro ó *intransigente*, sin contemporización ni connivencia con los errores ó tendencias reprobadas por la Iglesia. Así, por no citar más que un ejemplo, cuando supo la invasión de los dominios del Papa por el gobierno de Italia, protestó contra este despojo sacrilego y lo reprobó, él sólo entre todos los gobernantes del mundo, sin preocuparse de lo que dirían ó harían los enemigos de la Iglesia. (*)

En cuanto á la cuestión grande de nuestros tiempos, la verdadera y sana libertad religiosa, política y social, García Moreno le entendió y practicó según su conocida sentencia: *En el Ecuador hay libertad para todo, menos para el mal.* Con este axioma condenó simultaneamente al liberalismo radical que concede *libertad para*

(*) Lo que afirmo aquí no es una mera suposición, es un hecho confirmado por confesiones explícitas de los masones. Cuando estuve en París, en 1878, hallé en una librería pública una obra que trataba de las repúblicas sudamericanas. Movido de curiosidad la recorrí y conocí inmediatamente que era un libro masónico. Ahí, hablando de García Moreno, se decía lo siguiente: "Cuando supimos que este hombre había llevado procesionalmente una cruz por las calles de Quito, hallamos que la medida estaba llena y decretamos su muerte."

(*) En 1890, cuando los masones celebraron el vigésimo aniversario de la ocupación de Roma por las tropas de Víctor Manuel, se habló de protestar nuevamente en el Ecuador contra aquella injusticia. Un hombre de estado que en tiempo de García Moreno había figurado entre los católicos más conocidos de la República y pertenecía entonces mismo á la jerarquía administrativa, me escribió sobre el asunto. Le contesté proponiéndole dos cosas: primero que el gobierno del Ecuador repitiera la protesta que García Moreno había hecho contra los usurpadores, y en segundo lugar, que procediera contra los masones de Guayaquil que cada año celebran con fiestas públicas el despojo del Padre Santo y lo insultaban en esta ocasión del modo más injurioso, llamando, por ejemplo al Papado "podredumbre de la Italia." El gran católico de antaño se había trocado en liberal manso y me contestó bastante desabrido, rechazando mis indicaciones y propuestas que, al ser aceptadas hubieran desagradado altamente á la masonería y á su noble prensa.

todo, menos para el bien, y al liberalismo manso que otorga igual derecho de libertad al mal y al bien, al error y á la verdad.

En la administración política el nombre de García Moreno indica inflexible rectitud y justicia con todos, trabajo, constancia y abnegación para estudiar y procurar el bien del pueblo—apoyo y caridad para el desvaído.

Tal es la figura de este hombre extraordinario; ya se comprende porque me he detenido en contemplarla. Dios lo había dado á los suyos, pero los suyos no le conocieron ni lo apreciaron. De los que en su vida le rodeaban, muchos le sirvieron de rémora porque se espantaban con la grandeza de sus empresas, y no alcanzaban el vuelo de sus ideas y de su talento; otros se solazaron con el nombre de católicos firmes y eminentes, mientras García Moreno les iba delante—después han recaído en su entorpecimiento. Los más han pensado que era más cómodo nadar con la corriente en vez de luchar en contra. Los que tuvieron la misión providencial de continuar la obra de García Moreno, conservando á su nación los bienes que le había procurado, religiosidad y prosperidad, no han pensado más que en sí mismos y para sostenerse han preferido apoyarse en las combinaciones y cálculos de una política ambigua; con razón se han eclipsado todos ellos en la humillación que se merecieron.

Ahora bien; ¡Cristo ó Lucifer!—García Moreno como personificación de la política cristiana, de la justicia, paz y prosperidad, ó sea la *Teocracia*; el reino de Dios—ó un Jefe masónico con la libertad encarnada y ensangrentada; arbitrariedad, injusticias y revolución sin fin, ó sea la *Démonocracia*, el reino de Lucifer!—tal es la alternativa que ahora se presenta á los ecuatorianos; entre los dos deben elegir forzosamente. El partido medio entre los dos sería volver al liberalismo traidor que ha abierto las puertas á las hordas masónicas que hoy están mostrando lo que son y pretenden.

Dios en sus adorables decretos ha permitido que el pueblo ecuatoriano experimente la dominación masónica. Esta calamidad nacional ¿será de larga duración ó podemos entrever siquiera su término?—Sería presunción querer con humanos cálculos sondear los juicios de Dios. Por una parte no debemos desconfiar de las misericordias divinas que tantas almas piadosas imploran al pié de los altares—por otra parte hay motivos para temer que la justicia de Dios va á tener su tiempo como lo tuvo la misericordia.

“Los molinos de Dios muelen despacio, pero muelen bien,” dice un proverbio popular en Alemania. Si el Señor es longánimo y paciente, si aguanta y amonesta por sus enviados y profetas antes de castigar, es también grande y terrible cuando se ha llenado la medida y se resuelve á castigar; sus molinos trituran y aplastan bien entonces.

Mucho se he ofendido á Dios en el Ecuador; mucho se ha blasfe

mado contra su divina Majestad y contra la inmaculada Madre del Hijo de Dios. Incomprensible ha sido la impía audacia de esa prensa infame que día por día provocaba á Dios, sobre todo allá en las márgenes del Guayas, sin que los representantes y ministros de la justicia divina, las Autoridades públicas, cumpliesen con su deber de castigarla. Tal vez también, sin que los particulares se opusiesen como era justo y razonable, á tantos escándalos públicos.

¡Al fin ha hablado Dios! Habló por las sangrientas batallas de la guerra civil, habló el Señor en el incendio que devastó Guayaquil y en el terremoto que hundió las casas de Portoviejo; habló Dios y sigue hablando por la ruina material de la nación ecuatoriana, triste consecuencia de la anarquía y de la tiranía de tanto jefe militar.

¿Cuándo acabará esto? ¡Sólo Dios lo sabe! Lo que me hace temer es una lección que hallamos en la historia moderna; Dios había tolerado durante un siglo entero las burlas impías y las blasfemias de los filósofos volterianos, tardó un siglo para hablar, pero al fin habló, permitiendo que el liberalismo hundiera la Francia y toda la Europa en un mar de calamidades de que jamás había habido ejemplo en la historia del género humano, y ésto por el espacio de más de veinte años: que el Señor acorte los días malos! Un motivo hay para esperarlo, y es la misma impetuosidad con que la facción masónica procede para acabar su obra; los asesinatos de sacerdotes, la expulsión de las comunidades religiosas, la desorganización completa en todo el país—todo esto no puede durar. Al considerar el ardor de esos soldados del Antecristo para destruir y demoler, no puedo menos de recordar aquellas palabras del Apocalipsis: *“Y oí una voz grande en el cielo que decía ¡Ay de la tierra y de la mar! porque descendió el diablo á vosotros con grande ira, sabiendo que tiene poco tiempo.”* Apoc. 12, 10.

Sí, el diablo sabe que poco tiempo tiene, y que pronto será confundido, de ahí la ira grande con que trabaja. (*)

(*) He aquí lo que á este respecto vió la célebre estigmatizada de Westfalia, Catalina Emerich, en los cuadros en que se le mostraron los combates de la masonería contra la Iglesia: Esta religiosa veía la Iglesia católica representada y figurada en la Iglesia de San Pedro de Roma; una multitud compacta de masones con sus insignias según sus respectivos grados se afanaban en demoler las paredes con sus martillos. Todos trabajaban muy empeñados, cada uno en el puesto y según el plan que los jefes les trazaban en los muros, con mucho orden y disciplina. Cerca de ellos estaba un dragón de figura horrible que los instigaba á trabajar; los jefes masónicos iban continuamente á consultarse con la bestia.

Ya habían derribado los masones una gran parte del templo;

Confiemos pero: ¡A Dios rogando y con el mazo dando!

Cuando en una nación cristiana se apodera de la suprema Autoridad un individuo ó una facción que se proponen directamente destruir la Religión, entonces resulta para los ciudadanos un conjunto de deberes gravísimos é indeclinables, si bien arduos y peligrosos.

Tan arduos y peligrosos son estos deberes que aún es asunto delicado y difícil exponerlos en una obra popular como esta, pero como momentos se presentan á la conciencia de los ciudadanos timoratos casos en que, ó deberán cooperar á los perversos fines de los que hacen la guerra á la Iglesia, ó contrariarles y resistirles, es preciso que sepan bien lo que permiten ó mandan en estos casos los más autorizados maestros de la ciencia católica.

Los que sigo escrupulosamente en lo que voy á proponer sobre esta materia, son santo Tomás de Aquino, el cardenal Belarmino, Suárez y el célebre Balmes.

Ante todo es preciso considerar como una verdad innegable y como un principio claro que no se puede reconocer como autoridad verdadera y legítima un poder que se propusiese destruir la Religión verdadera. El cardenal Belarmino afirma que todo príncipe (ó gobernante), cuando acepta el gobierno en un pueblo cristiano, se obliga por un convenio ó pacto implícito á proteger la Religión; si pues, en vez de protegerla, la persigue, falta á su pacto y destruye el fundamento en que descansaba su derecho; su gobierno será un gobierno *de hecho* pero no de *derecho*. Y, en

pero el Santuario y el Altar resistían á sus golpes y quedaban completamente intactos. Cuando, he aquí, que derrepente aparece en la entrada del templo una Señora llena de majestad, se adelanta hacia el Santuario y se eleva sobre la cúpula de San Pedro, desde ahí extendió su manto resplandeciente sobre todo el templo.

A su vista huye el dragón, los masones se turban, suspenden el trabajo y se huyen igualmente. Al mismo tiempo se acercó por todos lados una multitud de gentes de toda condición, sexo y edad para reparar las ruinas; unos traían piedras, otros las colocaban. Hombres y mujeres, sacerdotes, soldados, artesanos y labradores ayudaban, y en poco tiempo quedó el templo completamente restaurado. Luego hubo una época de paz y de restauración religiosa en todo el mundo.

Los muros de la Iglesia son los cristianos que la componen; ya una gran parte de ellos han caído, seducidos por las teorías tan engañosas de libertad y progreso con que el masonismo engaña á las gentes; pero la Sede Romana no puede ser derribada; *las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*. La inmaculada Virgen triunfará, y las gentes acudirán para reparar los daños; sacerdotes, militares y ciudadanos de toda condición, cada uno ayudará en su esfera al triunfo de la Iglesia.

¡El diablo no lo ignora y sabe que poco tiempo le queda!

efecto, como no hay potestad sino cuando Dios la da, no se concibe cómo Dios podría conferir ó conservar á un gobierno autoridad para hacerle la guerra; aun en la teoría liberal que deduce la autoridad pública de la voluntad del pueblo, no se comprende como una nación que profesa la Religión cristiana podría conferir poder para destruirla. Los doctores que seguimos llaman por esta razón un gobierno que persigue á la Iglesia, autoridad tiránica ó *usurpada*.

Sentada esta base segura, se pregunta, si es obligatorio ó siquiera permitido resistir á una autoridad *usurpada* en el sentido que acabo de explicar.

Dos clases de resistencias puede haber en este caso, una *activa* otra *pasiva*. Por resistencia *activa* entiende el empleo de la fuerza armada contra la autoridad usurpada—la resistencia *pasiva* consiste en tolerarla para evitar males más graves, pero sin obedecerle jamás en los actos prohibidos por la Religión ni apoyarla con un silencio de aprobación.

Ejemplos de resistencia *activa* contra un gobierno establecido pero impío tenemos en los Macabeos; ellos obedecieron al rey, mientras no atacó su Religión, pero, cuando comenzó á querer obligar á los judíos á violar la ley de Moisés, unos le opusieron la resistencia pasiva como Eleazar y los siete hijos de la madre macabea, pero el sacerdote Matatías y sus hijos acudieron á las armas y Dios les favoreció, enviándoles á veces sus ángeles para que les ayudaran en las batallas; algunos judíos resistieron dejándose degollar para no pelear en día sábabo, otros resistieron peleando en este mismo día. Los unos usaron de su derecho, los otros se dejaron matar sin resistencia; pues, si en tales casos es permitido defenderse, permitido es también renunciar á la defensa y morir, como las más de las veces, *aunque no siempre*, lo hicieron los cristianos del imperio romano, según advierte el historiador Rohrbacher. Y, nótese bien, en estos casos, el pueblo no es quien ataca; no hace más que defenderse contra un agresor injusto, cual es el tirano, que se atribuye un poder que no le pertenece; resistirle no es *sedición* sino defensa legítima.

Durante la Edad Media los Papas como jueces supremos en lo asuntos de conciencia, á veces dispensaron á los súbditos del juramento de fidelidad para con sus príncipes, cuando estos perseguían á la Iglesia; en los tiempos modernos los Belgas católicos contra el emperador José II, los Vendeanos en Francia, los Tirolenses en Alemania y los Españoles en la época de Napoleón I, son otros tantos

ejemplos de resistencia armada contra los gobiernos impíos que se habían establecido en sus respectivos países. El Papa Pío VI declaró expresamente que los Belgas, al tomar las armas contra José II que perseguía su religión, no se habían excedido en el uso de sus derechos.

De la resistencia *pasiva* dieron un ejemplo admirable los soldados de la legión tebea, los que se negaron á obedecer al emperador Maximiano, cuando les mandó que asistiesen con el resto del ejército á los sacrificios paganos. Fueron diezmados por orden del tirano y, como persistiesen en su resistencia, fueron atacados y degollados todos por sus compañeros de armas, los soldados paganos.

Que la resistencia *pasiva* contra un gobierno anticatólico no sólo es permitida sino obligatoria, cuando el gobierno exige una cosa contraria á la Religión, es muy claro y evidente; *primero debemos obedecer á Dios que á los hombres*. Pero ¿cuándo y en qué casos debemos negar la obediencia á un gobierno impío?, lo dice el siguiente principio: Cuantas veces la obediencia á los mandatos de un gobierno perseguidor equivale á una cooperación ó simple aprobación de su impiedad y hostilidad contra la Iglesia, hay obligación de resistirle; sólo cuando la obediencia recae en cosas indiferentes, y no implica una aprobación de la injusticia del usurpador, es permitido ejecutar sus órdenes. Por este principio general se pueden resolver los casos siguientes y los análogos.

1.º ¿Será permitido aceptar un empleo público de un gobierno que persigue á la Iglesia?

Resp. Si aceptación implica aprobación, ó expone á la ocasión próxima de cooperar á actos de injusta persecución, no se puede aceptar—Ocuparse en las oficinas que expiden decretos de persecución contra los ministros de la Iglesia,—trabajar en las imprentas en que se imprimen publicaciones injuriosas á la Iglesia ó en daño de la fe—encargarse de la venta ó repartición de esos impresos,—sentar plaza en cuerpos de tropa ó de policía cuando éstos son frecuentemente llamados por el usurpador para ejecutar atentados contra los ministros de la Iglesia,—todas estas cosas son contrarias á la conciencia cristiana.

Fuera de estas circunstancias, la cuestión se decidirá á veces en sentido negativo por el sentimiento de honor y dignidad natural, ó también en sentido afirmativo por la esperanza fundada de evitar con la aceptación males más graves, protegiendo v. g. á los infelices ó evitando que un individuo malo y perverso ocupe tal destino.

2.º ¿Será permitido cooperar directamente en atentados impíos, cuando lo exija el usurpador?

Resp. ¡Nunca y en ningún caso! Si esto hubieran considerados aquellos soldados á quienes mandaron saquear la residencia del Metropolitano de Quito y ultrajar su sagrada persona, se hubieran dejado matar antes que obedecer, como hicieron los soldados de la legión tebea. No les justificará ante Dios la vana disculpa que suelen ale-

gar en semejantes casos: "Los jefes mandan y nosotros tenemos que obedecer."

Un portento insigne, consignado en la historia eclesiástica confirma esta doctrina: El emperador hereje Valente había decretado la expulsión de San Basilio, acérrimo defensor de la divinidad de Jesucristo contra los arrianos. Cuando quiso firmar el decreto, la pluma se negó á dar tinta, tomó otra y sucedió lo mismo, y el asiento en que el emperador estaba sentado se hizo pedazos, como si estos objetos sin vida ni razón se resistiesen á cooperar al destierro de un Obispo católico. El emperador, aterrado por este aviso sobrenatural, tomó el decreto y lo rompió.

Así mismo es ilícito ocupar los bienes injustamente confiscados, vendidos ó regalados por los usurpadores. El Ilmo. Señor Restrepo había fulminado la excomunión contra los que, en su tiempo, comprasen los bienes confiscados y vendidos por la facción radical, fuesen eclesiásticos ó de particulares.

3.º ¿Será permitido á los padres de familia obedecer al usurpador, si les obliga directa ó indirectamente á mandar sus hijos á establecimientos de enseñanza ó de artes, cuando están dirigidos por maestros impíos ó bajo la dirección de las logias?

Resp. Deben preferir en este caso que sus hijos se queden sin carrera literaria ó profesional, antes que perder sus almas, entregándolos á maestros impíos.

4.º ¿Será permitido *vitoriar* á un jefe de partido que persigue á la Iglesia?

Resp. Cuando el grito de "Viva" equivale en las circunstancias dadas á un acto de apostasía, no es lícito ni aún por temor de la muerte. (*)

Llegamos á la cuestión de la resistencia *activa* ¿Es permitido defenderse con las armas contra los que persiguen á la Iglesia?—El liberalismo contesta que sí, en todos los casos y sin condición restrictiva, por cuanto atribuye al pueblo "*soberano*" el derecho de despedir á sus encargados ó mandatarios cuando le plazca

(*) Sabiendo esto los protestantes ingleses, hablan establecido la costumbre de que en sus banquetes cada uno de los convidados diera un brindis á la reina Isabel como á cabeza de la Iglesia anglicana; con ésto ponían á los católicos en la terrible alternativa de apostatar ó de ir á la cárcel y á veces á la muerte: actualmente el grito de ¡Viva la Religión! en el Ecuador expone á quien lo diere á ser azotado, encarcelado ó expulsado.

"No pocos de nuestros hijos en Jesucristo, exclama el Obispo de Loja en su Pastoral del 9 de Abril de 1895, son tratados como insignes malhechores, encarcelados y desterrados unos, otros fugitivos por el sólo delito de haberse adherido á la protesta del Clero.... ¿De cuando acá constituye un delito de sedición el dar un viva á la Religión? Sin embargo, se nos ha asegurado que alguno ha sido cruelmente flagelado por esto, y algunos de los desterrados estropeados á culatazos por los soldados."

los doctores católicos no conceden un derecho incondicional de resistencia activa, pero tampoco obligan en todos los casos á renunciar á una legítima defensa. “Si hay un rey, dice el eximio Suárez, que convierte en tiranía su poder legítimo y abusa de él para ruina de la comunidad, el pueblo podrá usar de su derecho de legítima defensa, porque jamás se ha despojado de él.”

Sin embargo, santo Tomás de Aquino, Suárez y Belarmino, al conceder al pueblo el derecho de defenderse, convienen que este remedio es un recurso extremo que no se debe emplear sino en último caso, cuando todos los demás remedios han probado ser ineficaces para salvar á la patria.

Aún entonces, para que la defensa armada sea lícita, es preciso que haya medios suficientes para poder esperar un éxito feliz; en el caso contrario la resistencia no serviría sino para agravar los sufrimientos del pueblo; que si no hay remedio humano alguno contra la tiranía, conviene orar y esperar que Dios intervenga.

En tercer lugar se requiere que la defensa armada sea autorizada por los que suficientemente representan al pueblo. Tal es la doctrina de santo Tomás. De qué manera se haya de entender esta autorización y representación del pueblo, lo expone magistralmente el docto Perujo en su tratado sobre el “Syllabus.” A este autor y á los demás que he citado remito á quien desee saber más sobre esta delicada materia. *Delicada*, digo, porque, si bien la teoría es muy clara, la práctica, es decir, declarar cuando convenga acudir á este remedio extremo, es sumamente difícil. Sin embargo, no lo es tanto y cambia la cosa cuando un país ha caído en la anarquía y no existe ninguna autoridad legítima, sino partidos que luchan; en este caso es evidente que se debe auxiliar á los que prometen favorecer á la Iglesia y combatir á los enemigos del bien público.

He indicado tan sólo los principios generales sobre esta materia, pues sería imposible discutirla en los múltiples aspectos que ofrece y, si alguien me preguntare por qué la he tocado? le diría que hoy día es de aplicación práctica. ¿Qué hará un sacerdote que es llamado para absolver en el tribunal de la penitencia á los católicos que creen deber emplear la defensa ac-

tiva de los derechos del pueblo? Fácil y tal vez cómodo es condenar en lo absoluto toda defensa, pero á más de contradecir con esto las autoridades citadas, véanse las consecuencias para los que administran sacramentos. Y ¡cómo se han de sonreír y congratular los revolucionarios de profesión, cuando oyen las reservas y restricciones de la conciencia católica en una materia que ellos tienen resuelta en su favor!

Concluyo con las siguientes palabras del ínclito Balmes: “Si el poder supremo abusa escandalosamente de sus facultades, si las extiende más allá de los límites debidos, si conculca las leyes fundamentales, persigue la Religión, corrompe la moral... viola el derecho de propiedad... ¿también en este caso prescribe el catolicismo obediencia? ¿también obliga á los súbditos á mantenerse quietos como corderos entregados á las garras de la bestia feroz?... En tales extremos, gravísimos teólogos opinan que es lícita la resistencia... y la Iglesia no los ha condenado y no los ha confundido ni con los escritores sediciosos que tanto abundan entre los protestantes, ni con los modernos revolucionarios, eternos perturbadores de toda sociedad.”

Es á todos luces excusado y superfluo tratar aquí de aquella especie de defensa activa de los derechos del pueblo que se hace *en el terreno de la discusión*, sea por medio de la prensa, sea en las polémicas parlamentarias.

Jamás concederá el liberalismo radical la más pequeña libertad para discutir sus actos en las publicaciones de una prensa independiente, ni admitirá en sus Congresos ó Convenciones representantes del pueblo que no fueran de su agrado.

La destrucción de dos imprentas en Quito, y el nombramiento de los concejeros municipales, hecho directamente por el “Jefe” con un simple decreto administrativo, son actos que manifiestan como el radicalismo entiende la libertad de imprenta y la de elecciones políticas.

La expulsión de los PP. Salesianos, arrancados de su residencia en altas horas de la noche, las decargas de fusilería contra el pueblo de Quito que acudió en número de cinco mil ciudadanos para impedir la expulsión de los PP. Franciscanos, y otros hechos más, indican suficientemente que el liberalismo radical no concederá tampoco libertad religiosa para enseñar y defender los principios católicos que condenan su propias teorías.





Aquí detengo mi pluma. Repasando ahora el camino que he recorrido y considerando lo delicado de ciertas cuestiones que he tocado, hiriendo talvez sin quererlo ciertas susceptibilidades de la parte amiga, pero inspirado del deseo de contribuir á la enmienda de errores pasados, me pregunto si daré á la estampa lo que tengo escrito. ¡Sea para gloria de Dios! me contesta mi corazón. Los amigos me perdonarán los desahogos de mi alma oprimida de dolor á la vista de las desgracias del amado pueblo ecuatoriano. En cuanto á los enemigos de la Iglesia, cuyas obras nefandas he puesto en evidencia, concédanme estos siquiera la misma libertad de escribir y pensar que tan ruidosamente proclaman como un derecho natural de todo hombre. Cuando ellos no han cesado de perseguirnos con las calumnias más atroces, aún después de vernos retirados en la soledad de los campos, ocupados únicamente en nuestro ministerio sacerdotal, cuando no hay crimen imaginable que no nos hayan atribuído á mí y á mis sacerdotes ¿será equidad ó justicia censurarnos de que al fin nosotros también hayamos hablado? Aún el pobre gusano de la tierra se retuerce y manifiesta su dolor, cuando se ve triturado por el pie del caminante.

Se han complacido especialmente nuestros perseguidores en exhibirnos como agitadores y feroces guerreros, ocupados en reunir elementos bélicos para hacerles la guerra. Pues bien, sed testigos vosotros los habitantes de los valles de Samaniego; ahí estamos en medio de vosotros; decid si los sacerdotes que el radicalismo obligó á refugiarse entre vosotros son tan indignos de vuestra confianza, Decid si nos hemos ocupado en otra misión que la de predicaros la palabra santa de Dios y daros los consuelos de nuestra Divina Religión. Decid si, al combatir los errores de los extraviados hemos tratado á alguno de estos con dureza, faltando á la dulzura evangélica.

Y, animados por esta caridad sacerdotal, diríamos á aquellos mismos que nos ultrajan, si tuviéramos es-

peranza de ser oídos ; Ah desgraciados! ; No sigáis haciendo la guerra al unigénito Hijo de Dios! Antes; postrados á los pies de Jesucristo, adoradlo con nosotros, respetad y servid á la Iglesia que es su esposa, y todo será olvidado. Nuestros corazones, libres de toda ambición terrenal, no abrigan otro deseo que ver á Dios adorado y amado de todos. Por desgracia, los que en la secta tenebrosa del masonismo han subido á los grados en que juran hacer la guerra á la Iglesia, nunca ó casi nunca se desenrodan de los lazos de Satanás; la conversión de esos hombres, como dice san Alfonso de Ligorio, requiere un milagro de la gracia, pero esta gracia la rechazan. Su pecado es el pecado contra el Espíritu Santo, que no será perdonado ni en esta vida ni en la futura.

Pues, si pedimos al Señor que se digne humillar á los enemigos de la Iglesia, si para esto hemos deseado, y mucho, que dos naciones católicas y vecinas se hubieran unido en noble amistad contra el enemigo común, no tengo recelo de declararlo, ni temor de que por este sólo deseo se me tenga por agitador político. A los que tienen la misión providencial de decidir y de obrar, se la cedo de buena gana, contentándome con lo que me es propio en mi carácter de ministro de Dios, enseñar y orar.

Los revolucionarios de profesión que con su errada doctrina de la *no intervención* y de los *hechos consumados* pretenden que los pueblos católicos renuncien á la nobilísima idea de unirse en fraternidad y caridad cristiana contra el poder internacional de la masonería, esos mismos proclaman con arrogante pretensión que el liberalismo masónico no reconoce fronteras. Pues, si los malos se unen para odiar y perseguir al catolicismo ¿por qué no se unirían los buenos para amarlo y defenderlo? Si este sólo deseo ya es agitación ilícita á los ojos de los contrarios, me confieso culpable; en cuanto á toda otra acción política, la dejo de buena gana á quienes pertenece. Igualmente, si es agitación vedada el haber partido el pan que la caridad nos daba con los nobles emigrados del Ecuador, cuando nos han honrado con su amistad, no siento tampoco arrepentimiento de ello, tanto menos, cuanto que veía entre ellos quienes habían expuesto valerosamente su vida á los peligros y penalidades de nuestro viaje para salvarnos.

A los habitantes de esta hospitalaria ciudad de Pasto que en estos días de grata permanencia entre ellos, me han dado tantas pruebas de su afecto y deferencia, á las personas generosas y en especial á los sacerdotes bondadosos que con sus ofrendas me han auxiliado para costear la impresión de mi humilde

obrita, no les pude corresponder mejor que con un voto ardiente que por ellos ofrezco al Señor.

Este voto de mi corazón es que su patria quede siempre libre de las calamidades de la guerra civil, triste fruto de las disensiones religiosas y de ambiciones culpables. Plegue al Señor que la católica Colombia, á la sombra de la paz y, guiada por las saludables enseñanzas emanadas del Evangelio, desarrolle cada día más sus medios de prosperidad nacional, que desaparezcan entre sus hijos los motivos de desacuerdo, que nunca decida de ellos la ciega fuerza de las armas; y que Colombia llegue á ser un firme baluarte del catolicismo y de la civilización cristiana contra los avances de la impiedad.

Credidi propter quod locutus sum! Creo y por esto he hablado; venga lo que viniere! que todo esto no será más que lo que permitiera Aquel que dijo á sus Apóstoles: Ni un cabello de vuestra cabeza ha de caer sin permiso de vuestro Padre celestial! Que si el brazo de nuestros perseguidores nos alcanzara hasta en este asilo, ó nos obligara á buscarlo en otras más remotas regiones, siempre alabaremos á Dios por todo y confiaremos en su divina gracia, no en nuestras fuerzas, para ser fieles hasta la muerte.

A mis diocesanos de Manabí, pues á ellos me dirijo al terminar estas líneas, digo con el Apóstol san Pablo: Dios me es testigo de cuanto os amo á todos en las entrañas de Jesucristo: *Testis est mihi Deus quomodo omnes vos cupiam in visceribus Christi.* Sí, Dios lo sabe y vosotros también lo sabéis; los sacerdotes que el Señor os había dado no fueron especuladores indignos, como lo dice y repite la impiedad. Todo lo hemos sacrificado por vuestra felicidad y, si no hubiera creído ser voluntad de Dios que me retirara ante el desapiadado enemigo, espero en el Señor que habría tenido la fuerza necesaria para dar aún mi vida por vosotros.

Ahora que se cumplió lo que repetidas veces os anuncié como inminente, que los enemigos de Dios os privarían de todos los consuelos de la Religión, y que os veríais sin altar ni sacrificio, recordad aquellas recomendaciones que os hice en una de mis cartas pastorales. En ella os congratulé de haber recibido de vuestros cristianos antepasados la preciosa herencia de la devoción á la Santísima Trinidad. Os recomen-

dé para el tiempo que ya ha venido que las piadosas Madres manabitas en especial procuraran conservar y cultivar esta triple devoción en el interior de las casas. Esto hacedlo ahora! Ya que los templos están solitarios y cerrados, ya que no oís resonar en ellos la palabra divina, ni los cánticos sagrados, haced que todas las casas de Manabí sean santuarios de Dios, particularmente en las solemnidades de la Iglesia. De esta manera podrá suceder y sucederá ciertamente que vuestra fe salga más firme de la tormenta actual, y que los pueblos de Manabí, cuando vuelva la paz, purificados por la prueba, sean un pueblo en que brillen la fe y las obras.

Para este tiempo de paz, siento necesidad de decirlo, pido á Dios y á su Vicario que os envíe un Obispo que tenga las dotes necesarias de virtud y fortaleza para reedificar lo que el enemigo ha destruído; en cuanto á mí, debo confesar con plena convicción y sinceridad que para ello me siento desfallecido.

Una satisfacción empero me queda en Dios Nuestro Señor, á quien todo bien pertenece; esta satisfacción es que los sacerdotes y las vírgenes sagradas que Dios os había dado, han mostrado á los ojos de todos, amigos y adversarios, lo que es la Santa Iglesia católica para los pueblos: Una Madre bondadosa, fuente de todas las dichas, causa única de la prosperidad verdadera.

Y me felicito y congratulo en el Señor que así lo hayáis comprendido y declarado públicamente, para que el mundo sepa como piensa el pueblo de Manabí respecto de sus tan calumniados sacerdotes; decís en la tierna y conmovedora manifestación que publicasteis:

“Siempre que recordamos á los sacerdotes y á las monjas, baluarte del proletario y de los moribundos, ejemplares en su vida sacerdotal, que han abandonado á Manabí, huyendo de la crueldad de los enemigos, no podemos menos de bañar (*) con lágrimas nuestros

(*) NOTA.—A las instancias, súplicas y lágrimas de las señoras de Manabí, sus compatriotas, contestó el desapiadado Jefe de la Masonería con el decreto siguiente:

“Señor Gobernador, Portoviejo:

Tengo aviso de que algunos clérigos alemanes traen noticias del aventurero Schumacher. Si alguno de esos emisarios se encontrase en esa Provincia, mándeles á expulsar (*¡textual!*) para el Norte.

ojos, pidiendo su regreso." Llorad, buenas hijas de Manabí, la mano de Dios se ha apesarado sobre vosotros. Besad esta mano que ahora castiga á su pueblo, porque quizá cuando le hiciera tantos favores en época más feliz, no supo agradecerle como era debido. Sí; llorad vuestras queridas religiosas, llorad vuestros sacerdotes en quienes siempre tuvisteis quien os consolare en vuestras penas.

El Señor os oiga y os devuelva lo que la desapiadada impiedad os arrebató!

Pero, si el Señor en sus adorables juicios ha decretado otra cosa, las mismas ruinas de las casas de educación y de caridad, serán testigos elocuentes de lo que hizo la Iglesia para vuestra sociedad.

Los hijos y nietos de la generación presente de Manabí preguntarán algún día á sus padres ¿quiénes habían levantado esos edificios y quiénes fueron sus habitantes?

¡Ah hijos!, les contestarán los ancianos; estas casas las levantaron unos sacerdotes que Dios nos mandó de más allá de los mares; su memoria está en bendición, pues fueron los bienhechores de todo Manabí; en aquellos otros edificios habitaron santas y caritativas religiosas que nos llegaron de Francia, Alemania, Suiza y Estados-Unidos. ¡Oh, cuán queridas eran, dignas de serlo!

Y ¿por qué se fueron estos sacerdotes? ¿quién expulsó de nuestra patria á esas venerandas religiosas?

¡Ah hijos míos! Los expulsaron los enemigos de Dios y de todo el género humano; se llamaban ellos mismos "demoledores de la Teocracia" y decían que habían venido á destruir el reino de Dios en el Ecuador, para privarnos de los beneficios que debemos á Nuestro Salvador Jesucristo! De ellos ha dicho Dios: "la memoria de los pecadores perecerá." *Memoria peccatorum peribit.*

FIN

Igual ruta hágales seguir á esos facciosos que llegasen posteriormente. Su amigo Eloy Alfaro."

Arbitrariedad, impiedad y desprecio de las leyes más elementales de cultura, siquiera respecto de sus compatriotas las señoras de Manabí, todo éste resalta en ese documento del enviado de la logia quien trata de *aventurero* á un Obispo que recibe su misión de la más sagrada autoridad en la tierra! ¿De quién recibió la suya?